

Elias Canetti

Apuntes 1992 - 1993

Anaya & Mario Muchnik





Diseño de cubierta: Mario Muchnik

En cubierta:  
*A Study Table* (1882), de William Harnett

Foto de contracubierta:  
© Isolde Ohlbaum

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT:

© 1996 by Herederos de Elias Canetti  
© Carl Hanser Verlag, München-Wien  
© de la traducción: Juan José del Solar  
© de esta edición: 1997 by Grupo Anaya, S. A.  
Anaya & Mario Muchnik,  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid.  
ISBN: 84-7979-421-6  
Depósito legal: M. 32.539-1997

Título original:  
*Aufzeichnungen 1992-1993*

Esta edición de  
**Apuntes 1992-1993**,  
al cuidado de Ricardo di Fonzo  
con la colaboración de José Luis Casares y José Luis de Hijes,  
compuesta en tipos Garamond de 12 puntos  
en el ordenador de la editorial,  
se imprimió en los talleres de  
Clamades, S. A., Coslada (Madrid),  
y se terminó de encuadernar en los talleres de  
Guijarro, S. A., Madrid  
el 3 de octubre de 1997.  
Impreso en España — Printed in Spain

Elias Canetti

# Apuntes 1992-1993

Traducido del alemán por  
Juan José del Solar

Anaya & Mario Muchnik



# Apuntes 1992-1993



1992





El mediador, que no respeta a nadie.

Sutilezas de la sumisión. ¿En qué núcleo se oculta el no?

Psicología, soportable cuando amplía los enigmas que pretende resolver.

Él piensa desarraigarse de nuevo.

Ella era ya toda piel y le rozaba levemente el dedo.

Un escritor sin una sola frase necesaria, pero todas venenosas.

“Euridamas de Cirene venció en el pugilato. Cierto es que su contendor le había arrancado los dientes, pero él se los tragó para que el adversario no lo notara.”

La inculpación que no lleva a ningún fin despierta odio. La inculpación continua es un absurdo. Hasta la venganza de la sangre tenía más sentido, aunque no lo tenga para nuestra sensibilidad.

Cuanto más monstruosa es una culpa, menos puede sostenerse.

Pero ¿debe olvidarse lo ocurrido? Debe quedar como algo inconcebible, no como culpa.

¿Puede separarse lo inconcebible de la culpa? Lo inconcebible es anónimo. No guarda relación con un pueblo determinado. Es algo inhumano que amenaza a *todos* y puede irrumpir por cualquier lado. Hay que arremeter conjuntamente contra él como si fuera un monstruo.

Él no reconoce a ningún enemigo. Nadie, dice, es lo suficientemente fuerte para ser su enemigo.

Vale más confesar de viva voz el miedo que seguir llevándolo dentro. Lo mejor es *anotarlo*, sin confesarlo de viva voz.

Es posible que la rigidez de tu odio a la muerte te haya cerrado ciertas experiencias temporales. Acaso haya tiempos que te niegues a admitir y, por ello mismo, silencios.

Los acuerdos esterilizan el espíritu. Quien lleve una vida espiritual, debería ignorarlos. Los acuerdos excluyen.

Demasiado poca gente acaba produciendo un mundo *falso*. Demasiada gente no hace surgir ninguno.

Hay demasiado ahí. Tú sigues sin saber nada. Y con eso te conformas. No debería perdonársete.

Estupidizarse por experiencia.

¡Cuánto disparate se escribe! ¡Cuánto disparate se piensa! ¡Qué hacer con tanto disparate! ¡No es posible tra-gárselo sin más ni más y olvidar!

Peligrosa es la fama *entre los famosos*. Estando juntos, los nombres se agujonean unos a otros sin orden ni concierto. Apuñalan a los pequeños y alimentan a los grandes. Su tendencia es reducirse a autocracias, objetivo inalcanzable. El mero hecho de que lo pretendan es una desgracia. Hay que mantener la fama separada en paquetes pequeños. Hay que tenerle mucho desprecio y muy poca consideración.

La verdadera fama no es influenciable, pese a los medios de comunicación, al soborno y al engaño. Influenciables son sólo los precios. Aunque también ellos caen de repente, como sin razón alguna, y el espectador inocente respira aliviado.

Él se reconoce siempre. No para de hacerlo.

Él ha ganado su dinero honradamente y se avergüenza. ¿Por qué será tanto? ¿Por qué no se reducirá?

De distintas maneras se asfixia uno en las ciudades: en algunas por la diversidad, en otras, por lo irreconocible.

Pero hay también ciudades idénticas. Las hay cada vez más.

El callahablador estaba ahí. Se ha buscado un nuevo dios y lo ha traído. Pero es una diosa. La va prestando a los circunstantes.

Ella podía callar, como si oyera un nombre por primera vez. Pero era el padre de su único hijo.

Acerca de muchos nombres he leído en el libro sobre la vida de la mujer del que saqué el título para el nuevo tomo de apuntes. ¡Con quién no me he topado en su historia! De pronto uno tiene la impresión de que París lo hubiera sido todo, y de que Viena, de la que estaba yo lleno, sólo hubiera existido en apariencia. En mi vida no ha habido ningún esplendor verdadero. Ha sido, en el fondo, una vida sencilla, y todo cuanto me parecía rico y variopinto y descabellado no les habría bastado a otros ni para un mes. París se me escapó. Yo solamente rocé París por encima. Acabo de enterarme de tantas cosas de París que ahora sé que se me escapó. Aunque, viéndolo bien, ¿qué no se me ha escapado? He visto poco, he estado en pocos lugares, he conocido a poquísimos de los que han marcado mi época. Y de pronto, tras la orgía de nombres en la lectura de esta noche, se encogió lo que yo consideraba una vida. De pronto he perdido la ilusión de mi vida, que existía

hasta hace pocas horas. ¿Cómo debo entender esta sensación de decepción?

Ya empieza a ceder al cabo de media hora, y retorna la seguridad que siempre me ha acompañado. Toda la nadería que me ha sucedido reaparece como si hubiera sido algo, y empuja a un lado lo que hubiera sido atractivo y nunca fue.

Las insípidas palabras, los signos falsos, la escritura moribunda que reconoces como tuya, ¿qué puede quedar de tanta futilidad? ¡Deséchala, no la digas por entero! Débil siempre ha sido, y lo será todavía más. ¿O acaso esperas a que haya palidecido del todo?

Pues lo que te ha sostenido siempre ha sido la queja vigorosa: a quienes se te han sustraído los has retenido con todas tus fuerzas: quedaos aquí, quedaos aquí, no pienso entregaros, yo no despido nada, sea lo que sea, tan poco que apenas pueda verse a simple vista, yo no entrego nada, aunque ¿puede llamarse vida semejante avaricia? ¿O no pertenece ya a la vida? Más sorpresa y más confusión, y no sólo en letras de molde ¿Qué ha habido en ti aparte de letras de molde? ¿Dos seres humanos, tres, acaso cuatro, acaso cinco? ¿Y qué más? ¿Nada más? ¿Y todos los nombres? ¿No son nada los nombres?

Cuando el desconsuelo no tiene motivaciones se disfraza de desilusión; desilusión ante una vida que, presuntamente, no ha sido tal.

Sin embargo, ha sido más que eso, ha sido una vida para muchos, miedo para muchos, expectativa para muchos, y, aunque muy raramente: logros. Ni siquiera

brillo le ha faltado a esta vida, estuviste en Estocolmo con aquella cuyo aliento llegaste a sostener, y entre las mujeres de los galardonados ella era la más hermosa. Si desde entonces nada ha vuelto a ser brillante, tú lo has querido así y has apartado de ti el brillo y le has dado la vuelta a tu orgullo. Y luego, hace dos años, *lo* más bello: el nombre de Veza en libros, también en otras lenguas, Veza, que ahora lleva tu apellido y se halla unida a ti para siempre, ¿no es esto lo más prodigioso, esta resurrección 27 años después de su muerte?

El gran desaliento de ayer, tras la lectura de un libro sobre el esplendor de París.

Y cuán desoladamente llegó a su fin ese esplendor y todo desembocó en el oprobio de París.

La vida de cuyo contenido te enteraste empezó con Toulouse-Lautrec, con otros grandes pintores, con Mallarmé, Fauré, Debussy, y desembocó en los Ballets Rusos, que te resultaron extraños. Luego pasó a ser una decepción durante décadas y se transformó en oprobio, cuando París fue pisoteada.

¿No fue acaso lo desolado de esa decadencia lo que ayer te sobrecogió? ¿Cómo pudiste dejar que lo que ocurría en esa vida fluyera hacia la tuya?

¿Qué te importaba realmente esa buena vida? Te recordó aquello que tuviste oportunidad de rozar en Viena. A. y A. juntas aún no eran M. Llegaste a odiar a la A. mayúscula, la A. minúscula te desdeñó; agradece a tu buena fortuna que lograras escaparte de ellas.

En la historia de tu vida, la trilogía tal como existe actualmente, no se habla de esplendor ni tampoco de París.

Son los innumerables *contactos* los que ayer te confundieron, produciéndote ese ataque de debilidad. El período de la decadencia no significa nada para ti. Por la palabra "hautain" no sientes sino desprecio. Tú has vivido en los mitos de los pueblos, ese es el verdadero esplendor, ¿cuál otro, más elevado, habrías podido abordar?

Eraritjaka es para ti más que París. Sólo te enteraste de cosas sobre París para anhelar eraritjaka.

Gran aproximación a Proust, a través de personas a las que escribió cartas y se convirtieron en personajes suyos.

Captarse a las personas con halagos y no dejarlas nunca más. Sus *peculiaridades*, no renunciar a ninguna. Conservar sus modales, a pesar de todos los juicios morales. Sustraerse a ellas gracias a la enfermedad, mientras se van transformando en personajes.

La adulación cortesana con la que se inicia este proceso, la importancia central de Saint-Simon.

Imposibilidad de renunciar a la ínfima peculiaridad si era auténtica.

Un mundo en el que cada cosa existe y no se mezcla demasiado. Cautela con las deformaciones. Preferencia por la duplicación. La condición previa es una sociedad en la cual se habla y se comprende lo hablado, de lo contrario no habría adulación alguna. Un motivo para la atracción de la sociedad cortesana.

La comprensión de la conversación como base de las dos grandes novelas del siglo: Proust y Musil. La pasión del hablar ramificada en una infinidad de personajes.

Quien no olvide al lector, no deberá empezar ningún libro grande. ¿Con qué rapidez debe un escritor



calar en sus personajes? Si empieza haciéndolo, no surgirá ningún personaje. (La desdichada influencia del psicoanálisis).

Proust aún corteja a sus personajes (no sólo a las personas de las cuales provienen); al lector no lo corteja.

El robado-con-gusto, que de pronto hace cuentas.

Uno tendría *en sí mismo* material suficiente para veinte libros, si no le resultara demasiado aburrido mostrarlo todo.

Los erotodependientes se parecen todos tanto que basta con reflexionar sobre uno solo. Lo más sencillo es ser uno mismo ese único.

El centenario que quiere un hijo, sólo entonces.

¡Qué pequeño era *mi* Charlus! Y, sin embargo, es para mí el más vivo de mis muertos.

Lo antiguo, lo más antiguo es cada vez más claro. ¡Cómo resplandecería si uno siguiera existiendo dentro de 300 años!

Él exige respeto por los trajes prestados.

Él no lee *nada*, ¡pero cómo lo alaba!

Uno se enamora de una mujer para *destruirle* su pasado.

Ya puedes adoptar la actitud que quieras, indulgente y disculpante, el desprecio *permanece* en tu centro, y de verdad tienes algo que decir cuando *desprecias* algo.

En esto se basa la ortodoxia de toda religión. ¿Será lo que mantiene vivas a las religiones?

La miseria que se disfraza en el mito.

Haberme visto confrontado con países pequeños en mi temprana juventud y a una edad avanzada ha sido mi suerte.

Pues a la vez soy el testigo histórico del hundimiento de todos los imperios del siglo.

Las intenciones demasiado claras se consumen más rápidamente.

El reino de los cielos de sus intenciones.

Más y más libre. Al final de su siglo completamente libre.

Demasiado recuerdo. Empezado lo más, sucedido lo menos. Un libro de recuerdos de cosas empezadas.

Animales, dices. ¿Qué quieres decir? Quieres decir todo lo vivo que amas porque no lo entiendes.

La esencia del desprecio se ha convertido realmente en el enigma principal de mi vejez.

¿Cómo entender las jerarquías sin saber algo sobre el desprecio?

Asombroso que un ser tan sumamente humano pueda despreciar con semejante intensidad.

¿Con qué frecuencia habría que reinventar cada personaje, incluidos los del recuerdo, para aproximarse a la verdad?

Más difícil que renunciar al paraíso me resulta la renuncia a los infiernos. ¡Ah, las sombras, si al menos existieran las sombras de mis muertos!

Que quiera más no significa que renuncie a lo poco.

Tan duro como el matar debe seguir siendo el repudio de la muerte.

Fanfarronería hecha de sentimientos de venganza.

Algo quiere decir cuando dice mito, pero se siente un desfachatado siempre que pronuncia la palabra.

Uno escribe para ser distinto. Los embusteros de la escritura siguen siendo lo que de todos modos son.

Si *tiene que ser*, que sea en medio de una palabra que con el morir se quiebre en dos.

Fue arrojado entre 5.000 nombres y conocía a 300.

Elevado, profundo – pronto cumpliré 87, pero aún no me he liberado de ello.

Busca a los suicidas que ha habido en su propia vida y los recupera. ¡Con qué gusto vuelven! ¡Cómo se asombran de la compañía en que se encuentran! Habla con cada uno de ellos, que se justifican ante él. Ninguno se comprende, ninguno volvería a hacerlo.

Todos juntos le dan las gracias, el coro de los suicidas.

Un dios hecho de dinero, indoblegable.

Se expresa entusiasmado ante los famosos de cualquier tipo. Lo considera una cuestión de buen tono. De lo contrario podrían pensar que no sabe con quién está hablando.

La fidelidad crece con el número de años que trans-  
curren después de una muerte. Alguien que llegara a  
ser muy viejo debería *petrificarse* en la fidelidad.

Novela de un desierto. ¿Dónde se ha escondido uno?

El crotozar de los sabihondos. El bostezar de los nes-  
cientes.

Conversación de los amigos: uno informa sobre todo  
lo que no le interesa al otro.

Entre escritor y escritor: pasarelas muy angostas. Peli-  
gro de muerte. Más vale un rodeo.

Nada desea tanto el viejo como impartir consejos; no  
tiene por qué saber lo que dice, pero lo dice.

Siempre que pueden, le lanzan un bostezo en medio de  
sus frases.

Perdido quien no ame lo que menos es él mismo.

Él espera que llegue una dispuesta a sustituirla. Le será  
lícito sacrificarla sobre su tumba.

En el pasado todo el mundo se vuelve tierno.

Apuntes de una nueva vida, que no recoja *nada* de la anterior.

Él se brindó a la desesperación en vez de al silencio.

Sólo se puede decir más de lo que se quiere.

Aforismos de silencio derretido.

Pensamientos que viven de su duelo innato.

Diga lo que diga, sería escuchado. Por eso mejor no dice nada.

¿Ruido en torno a Lichtenberg? Dichosos los que van a conocerlo ahora.

Él *sabe* demasiado poco para morir. Quizá se habría enterado de lo más importante justo después.

Campesinos en Karnataka, al sur de la India:

“Tras varios meses de infructuosas protestas, se congregaron frente al edificio del parlamento y se *mofaron*

*del gobierno durante dos horas. 2.000 policías observaban la escena inactivos.*”

Escribir te alivia. Aunque no tengas nada que decir, te alivia escribir.

¿Sabe uno cuándo no tiene nada que decir?

El enemigo alterno: tres días a favor de ti, tres en contra.

El hombre más malo, que no tolera que alguien se tome en serio.

Uno podría imaginarse a alguien que viva *junto* a su nombre y observe tranquilamente todo cuanto le ocurra a éste. No sólo se haría con una persona entera, la del nombre, sino que protegería una buena parte de sí mismo contra falsas susceptibilidades, las del verse agredido de manera absurda.

Pues hay muchísimas otras cosas por las que se podría ser atacado con motivo, pero eso sólo lo sabe uno, y debería tener la posibilidad de descubrirlo sin ceder a tergiversaciones externas.

Yo estaba lleno de confianza, ella, llena de misterio. No todo lo que me ocultaba era importante, ni mucho menos; no todo lo que yo le confiaba era importante, ni mucho menos.

Pero *acabó siendo* importante precisamente por el acto de la confianza y del ocultamiento.

Él miente simplemente para inventar. En cuanto es cierto, dice la verdad.

### FRANZ STEINER

Hay tanto que decir sobre él. ¿Por dónde empezar?

Su vida estuvo determinada por su apariencia, de la cual carecía. Era pequeño y tan delgado que uno casi ni reparaba en él. Particularmente fea era su cara: una frente chata y huidiza, un par de ojos impotentes, presa todo el tiempo de un movimiento involuntario. Un lenguaje lloroso, aunque no hubiera nada que lamentar. Imposible imaginar un ser humano menos atractivo que él.

Pero uno se ponía a hablar con él, y a su manera lenta y al parecer desapasionada, siempre tenía algo que decir. Era siempre algo claro, concreto y libre de toda retórica, integrado por su contenido, jamás por su formulación, cualquiera que ésta fuese. Cuando uno se acostumbraba al tono ligeramente quejumbroso y prescindía de él (digo prescindía porque era imposible no *oirlo*), sentía como segunda recurrencia, y no menos constante, una pregunta, aunque tan mesurada que no pretendía asegurarse en absoluto una respuesta. Había que conocer un poco el espíritu de ese hombre para saber que sólo le importaban las respuestas desmesuradas. Y éstas son tan raras que una persona sensata no se las espera.

Impunemente puede uno preguntar por las leyes. Su tenor es algo ya fijo, y al final algunos no tienen más remedio que preguntar por el tenor exacto de las leyes. Éste era, con seguridad, el camino de Franz Steiner. Cada vez se decidía más por la fidelidad a las leyes de su fe.



Pero jamás hizo el intento de ganarme para ellas. Jamás se atrevió a violar esa compulsión a la libertad que para mí era determinante. Estaba agradecido de que, pese a su creciente limitación a una fe históricamente determinada, yo lo tomara en sus conversaciones tan en serio como si él fuera libre, tan libre como debía sentirme yo mismo.

Fue y siguió siendo siempre libre de una manera que él jamás habría reconocido en los últimos años de nuestra amistad. Era libre en los mitos. Es la única persona que he conocido con la cual podía hablar sobre mitos. No solamente conocía muchos y podía sorprenderme con algunos tanto como yo a él: los dejaba intactos, no los interpretaba, no hacía ningún intento por clasificarlos según principios científicos, los dejaba en paz. Nunca fueron para él un simple medio. También le parecían lo más precioso y elevado que la humanidad había conquistado para sí. Podíamos hablar días enteros sobre mitos, uno de los dos descubría nuevos y se los presentaba al otro, y siempre habían sido lo esencial en la vida de algún grupo humano determinado, siempre habían contado y ejercido una influencia decisiva. Ninguno de los dos, ni él ni yo, se habría atrevido a inventar algo en esas conversaciones.

Se trataba de mitos que habían sido transmitidos con precisión y a partir de los cuales mucha gente había organizado su vida, no de una invención lúdica suya ni mía. La confianza que existía entre ambos se basaba en el respeto a los mitos, con los que pasábamos, cada uno por su lado, buena parte de nuestro tiempo. Podría pensarse que esto no es muy extraño que digamos, pasando así por alto el hecho de que casi todos los conocedores de mitos abusan de ellos con algún objetivo concreto, para corroborar determinadas teorías o clasificaciones.

Son raros los que veneran y observan de forma inocente los mitos. Incluso entre escritores sólo he conocido algunos que lo hicieron temporalmente, en general para apoyar una obra en la que estaban trabajando.

Su sensibilidad hacia todo cuanto es digno de ser vivido. Sus conocimientos serenamente brillantes sobre el tema. Era algo inalcanzable para él, *soñaba* con ello. Soñaba con tener una familia, mujer e hijos. Quería a su hermana, a la que perdió tempranamente. Su máxima prueba de confianza consistió en mostrarme la foto de esa hermana. Todas las mujeres que más tarde cortejaría con inefable paciencia se parecían a esa hermana. Por las demás, que hubiera podido conquistar pese a su fealdad, sentía desprecio. Se enfadaba cuando uno se mostraba muy solícito con él, y quizá nunca fue consciente de hasta qué punto algo en su aspecto parecía suplicar ayuda. En su concepción de la familia él era el *hombre*, y se indignó con una mujer que quiso acogerlo como a un hijo. Es preciso decir algo sobre su aspecto exterior para comprender por qué nunca pudo acceder a algo tan cotidiano como una familia.

Murió cuando una mujer se comprometió con él. Era la escritora inglesa Iris Murdoch, que lo conoció en Oxford y estaba intelectualmente sojuzgada por él. Le confió el manuscrito de su primera novela. Él llevaba años amenazado por una seria afección cardíaca que lo atacó por última vez cuando estaba leyendo la novela. En la última carta que me escribió se refería a ella: me rogó encarecidamente —algo que en principio jamás habría hecho— que la leyera. Se trataba de *Under the Net*, y debe considerársele el verdadero descubridor de Iris Murdoch.

Ésta se parecía a la hermana de Steiner. En su lecho de muerte, él le pidió que fuera su esposa. Ella aceptó y se consideró comprometida. El estado de su corazón dejaba a Steiner muy poco margen de esperanza. Pero es posible que la alegría que le produjo este compromiso matrimonial precipitara su muerte. Y él, que siempre fue desdichado, habría muerto en un estado de felicidad.

Steiner amaba mucho la verdad y jamás halagaba a nadie. Veza, que era una lisonjeadora desafortunada, debía de resultarle siniestra. Su adoración por la belleza era tan grande que nada de cuanto le dijera a una mujer podía parecerle un halago: siempre lo consideraba cierto.

La "Plegaria en el jardín por el cumpleaños de mi padre", que ayer – después de cuarenta años – volví a leer, me emocionó muchísimo. Fue escrita bajo la impresión de Jorge Manrique, y nunca ha habido influjo tan legítimo.

A Steiner le habría encantado estar conmigo en España, y en realidad estuvo allí por mí.

Sus cartas de España contienen lo más hermoso que jamás me escribió.

En nuestras conversaciones sobre pueblos –entre ellos muchos de los llamados primitivos–, yo ponía el énfasis en los mitos, y él también en la poesía temprana. En sus cartas anotaba a menudo poemas de tribus que estaba estudiando en ese momento, mitos no, me parece,

o probablemente menos. Me atribuía una capacidad de “dar-por-cierto” que me envidiaba, y pronto no tuvo reparos en convertirme en su aliado. Como sólo cortejaba en serio —quería casarse y fundar una familia, era lo que más anhelaba de forma casi incesante— no podía ver nada insensato en el hecho de tener un intercesor que supiera valorarlo, conociera su elevada capacidad intelectual y su fiabilidad, y pudiera decírselo a quienes le interesaban con el fuego del que él mismo carecía.

No sabía más de lo que saben las palabras, y no intentaba hurgar siempre detrás de ellas. Así quedó libre del psicoanálisis. Podía ponderar fría y críticamente cualquier propuesta que viniera de aquel ámbito, sin sucumbir a ella. Examinar era realmente lo suyo. Hacer poesía consistía, para él, en examinar palabras. Nunca leía sin anotarse las palabras que le gustaban. El que lo hiciera en muchas lenguas, incluso aquellas a las que se aproximaba desde fuera, como antropólogo, no quitaba nada de su validez a las palabras alemanas con las que escribía sus poemas. Le resultaba imposible desfigurarse o malgastar algo valioso, sobre todo una palabra. Hablaba con comedimiento y lentitud, siempre pensaba previamente lo que iba a decir. Al oírlo, uno jamás se acercaba a un origen, aunque sí a un resultado. Trabajo era para él una palabra casi solemne. Se equipaba para trabajar, podía pasarse días enteros preparándose para un trabajo. Soñaba con lugares y espacios en los que se pudiera trabajar bien, los sentía como paisajes-de-trabajo, sin decirlo de manera tan torpe ni presumir de la diligencia como virtud.

Me tomaba muy a mal que sólo le respondiera a la tercera o cuarta carta. Me costaba mantener una correspondencia regular, las cartas eran para mí estallidos que tenía que aguardar y no me gustaba forzar.

Él lo sabía muy bien, como buen observador no se le hubiera podido escapar mucho tiempo, pero como no sólo vivía en cartas, sino que siempre *quería* algo, yo me guardaba bien de responder a cada uno de sus caprichos. Cuando las quejas no ayudaban, amenazaba con romper las relaciones, pero al ver que de nada servía se contentaba siempre con una amenaza.

A lo largo de varios años, incluso durante la guerra, solíamos encontrarnos en la Student Movement House de Gower Street cuando él venía de Oxford a Londres. Era un lugar de encuentro de estudiantes de muy distinta procedencia, de África y la India, pero también de los *dominions* blancos. Ahí se reunían emigrantes de todos los países de Europa, así como árabes, chinos o malayos. Era un club sin prejuicios, el único requisito para ser admitido era estar vinculado a la universidad. En su mayoría se trataba, pues, de jóvenes, aunque también venía gente que ya había concluido hacía tiempo sus estudios. Se podía entablar una conversación con cualquiera: uno se presentaba, tomaba asiento, conversaba y volvía a levantarse cuando tenía ganas o se sentía atraído por otras personas. Era la atmósfera más libre y desprejuiciada que he conocido nunca. Claro que todos seguían siendo lo que siempre habían sido, pero durante las horas que pasaban en el club se despojaban de sus prejuicios sin ningún esfuerzo, y resulta difícil olvidar lo bien que se sentían.

Steiner, que había llegado a Inglaterra unos años antes que yo, me había introducido en ese club. Para él como antropólogo era todo un paraíso, y elegir ese lu-

gar para nuestras conversaciones fue el regalo más hermoso que pudo haberme hecho. Cuando sus compromisos se lo permitían, pasábamos juntos allí tres o cuatro horas, sumidos en una conversación seria y siempre concentrada, interrumpida por encuentros con la gente más variopinta que se nos acercaba o que él quería presentarme. Hay que imaginarse lo que significaba estar hablando del refranero ashanti y que él pudiera presentarme a Kessi, considerado el príncipe de los ashanti. No es que nos dijera mucho sobre aquellos refranes, pero podíamos imaginarnos en qué labios se encontraban, y aunque no lo hiciera precisamente Kessi, que se reía con cierta altivez, sino otro estudiante de Costa de Oro, los refranes eran recitados para complacernos. Uno podía confiar realmente en las extraordinarias colecciones de los investigadores ingleses.

Uno de los dos, él o yo, sorprendía gustoso al otro con algún libro que llevaba largo tiempo buscando, pero aún no conocía. Y aquello acabó convirtiéndose en una competencia de la que ya no podíamos prescindir. Las librerías de los alrededores del Museo Británico eran inagotables, y buscando libros de viejo pasábamos no menos tiempo que enfrascados en nuestras conversaciones. Entre todos esos días de búsqueda hubo uno en el que pude mostrarle *Specimens of Bushman Folklore* de Bleek y Lloyd, una de las joyas de la literatura universal, sin la que no querría seguir viviendo. Yo acababa de descubrirlo antes de que nos encontrásemos en el club, y él no podía creerlo; se lo di y se puso a hojearlo con manos literalmente temblorosas, felicitándose como se felicita a alguien por algún acontecimiento crucial en su vida. Pero también había momentos de generosidad, en los que uno le regalaba al otro algún libro del que había encontrado un segundo ejemplar además del propio.

Nuestras conversaciones eran una emocionante mezcla de libros de todo el mundo que llevábamos con nosotros, y de gente de todo el mundo que nos rodeaba. Había juristas, futuros políticos, lingüistas, antropólogos, historiadores, filósofos, y, aunque con menos frecuencia, también estudiantes de medicina. Ninguno le imponía al otro su especialidad, pero resultaba tanto más agradable que otro lo interrogara a uno ampliamente sobre ella. Nunca he estado entre gente inteligente que haya dado más muestras de tolerancia. Nadie pasaba inadvertido, y hasta la persona más solitaria y hermética despertaba interés. Quien normalmente temiera a los demás, salía allí de su reserva gracias a la discreta curiosidad general. Había, claro está, unos cuantos que tenían que darse importancia, pero al haber tantos otros que competían con ellos no tardaban mucho en sumergirse o desaparecer.

Del propio Steiner hay que decir que nunca estaba de mal humor en aquel sitio. Él, que tanto sufría por no tener una familia y no paraba de quejarse de ello, estaba allí sereno, despierto, atento, tan fascinado o acaparado por los demás que no se sentía más desdichado que otros ni se compadecía.

Recordamos mejor lo de antes. Lo próximo se desvanece.

Quien se lee a sí mismo aparece diferente, desreflejado.

El pequeño que se adorna con grandes empequeñece cada vez más.

Uno que en toda su vida no ha utilizado una sola vez la palabra "aburrimiento" y ha vivido cuarenta años en Inglaterra.

*I'm bored*, dicen allí los más aburridos, y *what a bore!*

Cada reencuentro, por breve que sea, con Musil, me da la sensación de no haber estado allí. De lo contrario, y siempre, mi autoestima permanece intacta.

En realidad eso significa que él llegó a tener un grado superior de autoconciencia. Se critica sin cesar a través de sus personajes.

Freud sólo será interesante cuando lleve mucho tiempo completamente olvidado.

Es preciso *seleccionar* a las personas cuya crítica queramos tolerar. Deberán ser instancias supremas que nos inspiren cariño y temor.

De los ojos se aleja la gente. Luego él ve colores. Lo último.

¡Cómo trivializa el elogio, ese elogio que hay que repartir *siempre de nuevo!*

El verdadero elogio es asombro.

Celosamente él vigila el botín en su corazón.



No se considera cínico, su propia carne está en juego.

Los más descoloridos se instalan a sus anchas donde él.

Matar es sacrificar, lo que les ocurre a los animales nos ocurre a nosotros más tarde, aunque tampoco mucho más, y no lo bastante tarde para ser totalmente olvidado. Como un rumor que resuena largo tiempo, sacrificar, matar, sacrificar, matar.

¡Oh Dios, ojalá existieras para que acabes con todo esto!

“Gracias a su Maya, los dioses pueden contar los *granitos de arena* que hay en la Tierra.”

*Somadeva.*

¡Cómo me fascinan las historias de los indios! ¡Cómo aborrezco el realismo de su ordenación en castas!

Leer sobre uno mismo hasta convertirse en otro.

Volver a aquellos que hacen caso omiso de uno.

Un espíritu que *se ve* no es un espíritu.

Cuando oye “bonito” ella se sobresalta. Tras setenta años de fealdad aún sigue sin resignarse a que “bonito” es bonito.

Uno siente respeto por la gente que se remite a Platón. También hay personajes miserables entre ellos.

Uno se aparta aburrido de la gente que dice “Aristóteles”.

¿Ha fallado tan rotundamente la ciencia?

No le gusta nadie que le hable. Pero, ¿cómo le gusta todo aquel con quien *él* habla!

En Flaubert me interesa su enormidad. Me oprime no menos que a él sus burgueses.

¡Confesar! ¡Confesar! Sin sentirse culpable, el viejo siempre quiere confesar. A todos les resulta indiferente, pero él quiere confesar.

Han pasado los tiempos en que siempre quería enseñar. Quiere confesar. ¿Deberá esconderse para ello en una cueva y tener murciélagos como oyentes? ¿Deberá acaso salir a la calle y graznar a voz en cuello? Como nadie lo escucha, da igual lo que haga.

¡Y pensar que hubo un tiempo en el que tenía algo que decir!

Los autoataques sólo resultan creíbles cuando se apoyan en algo totalmente real: en alguna maldad que de

veras se haya cometido, en alguna infamia, en un fallo, en alguna desgracia que se haya provocado, o en una que hubiera podido evitarse.

Uno sigue creyendo amar profundamente a algunos a los que leyó hace varias décadas.

¿Será mejor no releerlos?

Nadie que nos haya abierto su corazón tolera que se olvide algo de lo dicho.

Sin embargo, se dice que los confesores *deben* olvidar en seguida.

¡A cuántos hablantes *titubeantes* he conocido!

¿No estaban entre ellos los mejores?

El rencor es lamentable, no hay que alimentarlo ni dejar que supure, hay que deshacerse de él. Tú te obstinas en el rencor y no puedes olvidar.

Mejor crea *personajillos* con todo eso y regodéate con ellos.

Florecimiento, última esperanza.

Vendido a su precio.

Desde que nació él tuvo dientes. Su doble dentadura.  
Su boca rebosante. No hay cabida para las palabras.

¡Peculiaridades, más peculiaridades *de otros!* Las propias  
claman a gritos.

El amor de los saltamontes: nunca ha sentido él tanto  
asco ante el amor.

Habría que iniciar la infancia desde el principio. Hay  
muchas infancias, la mayoría se dan por desaparecidas.

Ante un nombre él se detiene como ante un árbol.

Aumento de la fascinación por los nombres con la  
edad.

El cielo constelado se me hace odioso a medida que  
*aumenta*; ¿qué era aquél hacia el cual alzaba la mirada  
en mi juventud?

¿Encuentro en la nueva imagen del mundo algo que  
me haga feliz?

Todo es cada vez más numeroso aquí en la Tierra,  
pero también entre los cuerpos celestes; el hombre, que  
alguna vez pudo ser *uno*, se asfixia.

¿Deberán asfixiarse los mitos?

He leído las cartas de Jacob Burckhardt. Pasión colec-  
cionista por las fotos de sus obras de arte. Quiere con-

servarlo todo y poder mostrarlo en sus lecciones magistrales.

Rectitud de las lecciones magistrales ante menos de 200 estudiantes y otros oyentes. Habla libremente. Se queda en esa pequeña universidad y evita Berlín. (La cátedra de Ranke. En su opinión, Treitschke, que irá en su lugar, se alegrará.) Su aversión hacia los advenedizos de la época de la revolución industrial alemana, también hacia Bismarck. Su aversión hacia los judíos, durante una visita a Viena, por ejemplo, quizás por la misma razón. ¿Cómo podría un hombre tan *amplio* pasarse sin prejuicios? Más fuertes aún son sus prejuicios contra la plebe pujante. Recelo ante los alemanes, en realidad ante los alemanes nórdicos y sus lenguajes.

Su enorme diligencia y sus largas cartas. Me sigue gustando, pese a algunos comentarios necios sobre los judíos, pese a su historia del arte. Probablemente ésta, que tanto lo ocupaba, logró que quedara libre para la historia. ¿Cuándo ha habido, en su siglo, algo comparable a la *Historia de la cultura griega* o a sus *Consideraciones sobre la historia universal*?

Su manía coleccionista se vuelca y consume en obras de arte, por suerte ahí también sólo en fotos. Sus mejores obras son las lecciones magistrales que sólo aparecieron, resumidas, después de su muerte.

Su obra poética es de orden privado, la del vino bebido con pocos amigos. Allí donde puede, se reserva lo pequeño y salva así su interés por lo grande, que visita y observa hasta en sus menores detalles. Sus viajes conservan algo antiguo incluso en la era de los ferrocarriles. Sería inimaginable viajando en aviones, algo que le fue ahorrado.

Su vida ha sido investigada hasta en los más ínfimos detalles, y me guardaré bien de leer los tomos que Kägi

escribió sobre él. Tampoco sabría qué hacer con la edición en diez tomos de sus cartas, la selección en un volumen es suficiente.

Su principal virtud es la reserva, teniendo en cuenta esa amplitud, quizá sea incluso la condición previa de ella.

Me molesta mucho que Nietzsche fuera oyente suyo.

El principal comentario de todos es que Lichtenberg sea tan famoso *ahora*. ¡Como si Goethe y Hebbel y tantos otros no lo hubieran ya leído con fascinación!

Si los pensamientos *echan a correr*, deja que se evadan.

No deberá ser el último libro. No quieres un canto del cisne.

No quieres morir en absoluto ni, en modo alguno, resignado.

Es una suerte anotar tantas cosas sabiendo que sólo una parte ínfima verá la luz del día. Pero, ¿quién selecciona?

Así pues, temprano viviste una muerte, y tarde, un nacimiento. Eso es lo que te *integra*, el intervalo entre ambas cosas, sesenta años.

Él le pidió una pestaña. Ella le regaló el ojo.

Si no fueras judío — ¿tendrías que imaginártelo?

Él odia su sombra. ¿Cómo debería pisarla?

En toda literatura hay grandes descubrimientos: Saint-Simon en la francesa, Blake en la inglesa, Lichtenberg en la alemana.

No es nunca lo que uno esperaría en la literatura de la lengua respectiva.

Déjame cometer los fallos de mi época. También quiero vivir en esta época.

Lo enfático en ti, todo queda como *postergado* por ello.

¡Oh corazón tras las puertas!

En ninguna otra lengua lee tan a gusto. Todas las obras que amó en las otras cuatro lenguas se las busca ahora en alemán. Desde que siente que la lengua lo abandonará muy pronto, se aferra todavía más a ella y deja de lado las otras.

¿Es ésta la lengua materna, en la que se habla *al final*?

¿Cómo se atreve alguien a saber algo sobre el futuro?  
*Está surgiendo* ahora mismo, en otros.

Traducción a Germánicas.

El destino de Kafka: Praga hoy en día.

¡Qué hermoso era todo antes, cuando él aún no *decía* "moral"!

Es indiferente lo que lea, siempre quiere decir algo él mismo.

Ni siquiera he empezado a trazar los *itinerarios* vitales de los hombres.

Enigmático e insondable resulta que todo empiece con *el engullir*.

Ascetismo como abstención de comer, pero ¿qué queda de la vida tras los esfuerzos del ascetismo?

Alzar la mirada – él no puede dejar de hacerlo, y, sin embargo, sabe que por eso mismo debe bajarla.

En agosto de 1945 pensaste: esto es el final o dará muy pronto origen al final. Han pasado cuarenta y siete años. Pese a todo lo ocurrido desde entonces, no ha caído ninguna bomba atómica ni se ha destruido una sola ciudad de esa manera. ¿Consuelo?



Vendrá el tiempo en que él se dirá: ¿y a mí que me importa?

En sus cartas, hasta el más grande se empequeñece: reducido a la hora del destinatario.

Necesita hombres muy simples que se consideren grandes espíritus. Deberá inclinarse y pensar en aquellos para los que él es un hombre muy simple.

Hay que tener la honestidad de nombrar el límite con el cual se ha tropezado.

Hay que parecer en el futuro tan ridículo como uno era.

Lo peor es un profeta que quiera serlo.

Siempre piensa en aquello con que la ofendió. Y no puede arrepentirse, pues fue ella quien reaccionó.

Escribir sin ojos, guiado por la forma de las letras.

El día empezó hoy felizmente, con sesenta ballenas salvadas.

Luz de estrellas en lo más profundo del mar.

Liberarse de las necesidades más recientes. Uno sólo se engancha a ellas *como otros*, no por ellas mismas.

Sólo cuenta el saber *vacilante*.

Eso es lo que más les falta a los ordenadores: vacilación.

He pensado mucho en Bertrand Russell. Su responsabilidad por Wittgenstein, a quien puso por las nubes, como quien dice. Curiosa esta combinación de Ilustración inglesa, Leibniz y Viena.

Wittgenstein es a tal punto Viena que *prefiguró* toda la emigración, sus formas e influencias.

En el fondo no querría él otra cosa que escribir sin parar, sin tomar una sola vez aliento, siguiendo a las palabras como éstas parecen desearlo y, no obstante, sujetándoles las riendas cuando echan a correr.

Todo en Joyce le molesta, y de no ser por la ceguera le tendría muy poco respeto.

Repelente esa irrupción desde fuera con la ayuda de siervos.

Pero entonces, ¿por qué Musil? ¿Acaso era menos misántropo, menos desconsiderado? ¿Menos orientador?

Murió en la miseria y la humillación. Al final caló incluso a su "único" amigo, W., y advirtió de pronto que estaba abusando de él sin piedad alguna.

Y, sin embargo, Musil *vio* hasta el final.

Nunca fue realmente celebrado como gran descubrimiento, como Joyce en París.

Para muy pocos llegó a ser "instancia suprema" en vida. Y si lo fue, no se percató. Es una figura trágica y uno de los espíritus más agudos. Como espíritu, se ha-

bría podido dedicar a todo pese a su destino. Permaneció fiel a su empresa, que era inacabable. ¿Qué más puede decirse?

Necio incubante. También él inventa.

¡Imaginarse que estos poemas fueran de Paul Ančerl!

No se vuelve uno mejor, sino indescriptiblemente rico.

¡Qué tiempos en los que todo el saber –mitos, usos, ritos, costumbres– estaba en la cabeza de unos cuantos ancianos! Y lo han ido conservando a través de milenios, y de esos mitos conservados en cabezas vivimos nosotros.

Él desconfía de la ocurrencia. Yo, de la consecuencia.

La *desnudez* de la filosofía tiene su atractivo. Pero ¿para qué tanta consecuencia lógica? ¡Todas esas envolturas sólo para ser desgarradas!

¡Cómo me gustaría tenerla ya desnuda!

Los filósofos castigables, con cuya ayuda lo defiende uno todo.

Yo quiero a los filósofos duros, que no le perdonan nada a uno.

Yo quiero su desprecio, sus reproches, su sarcasmo. Quiero sentir que se *avergüenzan* de mí (pero sin predicar).

Para los ingleses es como si nunca hubiera estado allí. Para él, como si acabara de llegar.

Discurso, dice él, y quiere decir monólogo. Diálogo, dice, y quiere decir monólogo.

No he llegado a superar nada. He desaprendido que soy un ser humano. Hemos perdido la práctica. Pero, ¿qué es lo que éramos?

Quien lo rechaza todo, acaba quedándose solo. ¿O acaso él quería rechazar únicamente para no quedarse solo?

Él querría desmontar a todos con cuidado y volver a montarlos intactos.

Quien ha vivido sus propios estallidos de odio (contra sí mismo), ¿cómo podría admirarse del odio de los demás?

Hasta el más aburrido está al acecho.

Hay algo muy malo en aquel que no va personalmente a la guerra, pero la observa.

El circo romano está ahí otra vez.

El corazón a *cada* lado.

¿Adónde el latido?

Ya nunca podré controlar los sentimientos. Ha habido demasiado duelo en mí, los muertos. Ha habido demasiado embeleso en mí: el amor.

“Por un cuadro de estas dimensiones”, y él señala un rectángulo en la pared, “le pagan medio millón de dólares en Nueva York”.

El sacerdote que corre de fama en fama e informa a cada una sobre la otra.

Ya no puedo ver las estrellas. Se me han ido pudriendo de parte a parte.

Pero es verdad que todos ellos son culpables. La misma bestia en todos y cada uno.

Quizás tú, asqueado por la doctrina de la predestinación, has sido injusto con el calvinismo.

Cada frase puede tener su efecto, aun la más olvidada, aun dentro de mil años.

La enemistad es ingeniosa, pero ¿cuán paciente es?

Un monstruo que pueda decir: "hace cincuenta años".

¡No las leas! ¡No leas esas cartas! El día que vuelvas a leerlas, te morirás de felicidad.

Nadie sabe *tanto* de uno, de nadie se ha hablado a tal extremo. ¡Y además, lo que no sabe uno de sí mismo!

Dentro de veinte años ya no reconocerías nada. ¿Para qué el retorno?

No logra liberarse de los agujeros negros. El espacio *vacío*, que a uno le resultaba tan terrible, lleno de las perfidias más atroces.

¿Cuánta gente para despreciar necesita una persona?  
¿Son intercambiables? ¿Puede, para ello, desechar a unos cuantos y elegir en su lugar a otros?

A veces tengo la impresión de que todas las palabras carecieran de valor, y me pregunto para qué he vivido.

No sabría qué responder a esto. Pero la fuerza de la pregunta va cediendo, y me siento y vuelvo a hacer palabras.

Quise a Georg porque era mi único hijo, y no fue ni siquiera eso.

¿Qué será de esta memoria? El recuerdo no decrece: se reduce en unas zonas y se amplía en otras. Se comporta de manera distinta según las horas del día y de la noche. En el gran calor de estos últimos días se ha vuelto más apremiante. Ya no volverá a interrumpirse, como quien dice.

A los muertos se les quiere por sus defectos. Por eso no hay ángeles muertos.

El culpable se entera de pronto. ¿No lo sabía antes?  
¿Lo había disimulado todo en conceptos?

¿Y a quién he de pedirle la última verdad?

De la gente que *se* instala en el principio. De aquellos que son *instalados* en el principio.

Ella se rompió el pie, pero no quiere que la compadezcan, tiene un segundo.

A él le encanta escuchar historias edificantes de gente buena.

Sólo anota lo abominable.

El recuento del que no logramos deshacernos, su estallido en años luz.

¡Ay, ese encono del que él nunca puede prescindir! ¡Ese saber cosas sobre otros y sobre sí mismo, tan enconoso lo uno como lo otro!

Mo-Tse siempre me ha inspirado respeto, por el “amor al ser humano”, pero como éste era declarado, nunca he podido ocuparme seriamente del autor.

Aún sigo queriendo a los antiguos chinos más que a todo en el mundo, más que a los presocráticos, incluso más que a la Biblia. Los presocráticos juntos contienen lo indomado del pensamiento, su pasión, su riqueza, su final en nada. La Biblia es a tal punto fe que le infunde a uno miedo (incluso en la pluralidad de los conmovidos por ella y de lo que se cuenta sobre ellos).

Los chinos, en la contradictoria diafanidad de sus doctrinas, empiezan, es verdad, por el principio, que sitúan entre los hombres y prolongan siempre con hombres. Pero ninguna fe es para ellos más sagrada que su contrario. No sin razón se mantienen todos. Sus tradiciones somos nosotros.



Indignidades sobre la muerte incluso entre los chinos – eso sí, como contraste ante su avasalladora importancia en sus *ritos*.

La modalidad más exclusiva de historiografía literaria se da en la lengua inglesa (incluso entre los americanos). Siempre han de ser pocos los que *son* algo, luego todavía menos, seis, cuatro, dos – ¿cómo sería con *ninguno*?

V.– *Cada* mención de su nombre me hace feliz, aunque vaya unida a ofensas contra mi persona.

Un hombre justo es conmovedor. He conocido a *uno*.

Desprecio del justo por su subsistencia. ¿De dónde?  
¿Para qué?

El recuerdo engaña, y precisamente este engaño es importante.

Esa sentimentalidad te inquieta. Pero ¿qué significa? Que reconoces el dolor de todos y lo sientes. Que estás seguro, cada día más seguro, de que en él nada cambia, que aumenta con el número de criaturas. Es decir, que cada vez hay más dolor en el mundo y ninguna perspectiva de cambio. Que te gustaría acallar el dolor sintiéndolo. Un comienzo lamentable, pero irrenunciable.

Lectura sobre algunas especies de insectos. Deprimente esa vida dedicada a devorar y a poner huevos. Deprimente esa vida tan atrocemente breve. ¡Absurda idea la de poder compenetrarse con seres semejantes!

¡Cientos de miles de especies! ¿Surgidas por selección? No sabemos *nada* al respecto, y menos aún sobre la formación de esos millones de especies.

Una crueldad en ti que siempre has infravalorado. Es la crueldad de tu conciencia de la muerte.

Él nunca se las apañaba. Ya había estado en todas partes.

¿Qué podía ser de él, si no olvidaba nada?

Miedo a los extranjeros, como si debieran seguir siendo enemigos. Todavía no lo son, y uno ya teme que lo sigan siendo.

Un adaptadillo intenta prescribirme lo que debí haber sentido en esta o aquella ocasión.

¿Puedo hacer algo más que decir *No* incluso tras los golpes más fuertes? Nunca he concluido la paz deplorable. No me he ahogado en la cháchara. Me he guardado el saber duro, intolerable.

Al final uno acaba leyendo que Karl Kraus era *a brilliant journalist*, y teme que pudiera darle un ataque de apoplejía si lo oyese.

En los apuntes él siempre habla de *gente que no es la que se piensa*, y remoja así su misterio, que él mismo desconoce.

Restablecerse con los diarios personales. ¿Cómo conoce uno a esa gentuza, uno mismo!

Nada más abominable que la descripción de un *último* hombre. ¿Para quién moriría?

Pérdida de la solemnidad, ¿debido a la máquina?

Y de pronto se supo: ninguno de ellos vivía. Él tampoco.

La cuestión del poder ha sido raspada. ¿Quién sigue cavando?

Ardillas, royendo nombres.

Se encontraron, se olfatearon y se agradecieron, emocionados.

Él cree conocerse y ve a todos equivocadamente.

El nombre no deja en paz.

Una vez desechado, ¿seguiría sin dejar en paz?

¿Amargo? ¿Quién es amargo? Si es sólo un entusiasmo dispuesto a nunca acabar.

Los clásicos quieren estar ahí. Ya los leeré otro.

Ella recita a toda velocidad los nombres de los papas y los toma por emperadores romanos.

La cabeza de Maquiavelo, pequeña y tan astuta que su cautela no inspira la menor confianza.

Compasión por tiempos venideros – ¿ilusión?

¿Por qué aborrezco la palabra “discurso”? ¿Por la misma razón por la que he odiado “texto”, porque todo el mundo la adopta para ir bien vestido?

¿Es que nadie tiene derecho a hablar como otros? ¿Es un idiota vanidoso ya sólo por ello? ¿No ha habido acaso grandes espíritus que no iban vestidos de mendigos? ¿“Pensar” tiene que ser una penitencia? ¿No partimos siempre de palabras que han sido utilizadas miles y miles de veces?

Uno se remite al *relato* de su vida como a ésta misma. Ambas cosas son, en definitiva, independientes como *dos vidas*. Quizá se atenga uno más a la escrita, le parece más verdadera.

¡Qué poco sabe! ¡De cuánto ha *prescindido* al pensar!

*Inventar* seres humanos para odiar, a fin de salvar de uno mismo a los *reales*.

Animales domésticos – esperanza civilizada en la metamorfosis.

Él ya no encuentra gente tonta. Busca y busca, pero todos son como salidos de la televisión.

Precisión, terrible don.

¡Regresará Dios cuando su creación esté destruida?

Has expuesto lo que fue la época en que te tocó vivir. No lo has soslayado, ni vestido, ni indultado.

¡Esos idiotas que piensan que uno ha vivido un siglo semejante para corroborar sus cuatro mezquinas teorías!

Lo ha vivido para nombrarlo por *su propio* nombre.

Hay que suprimir la *palabra* genocidio. Se ha convertido en la palabra más peligrosa. Es la palabra más *tentadora*.

Todo cuanto alguna vez ha servido para matar, cada palabra, cada opinión, cada convicción, retorna.

Este es el *único* eterno retorno.

Remitirse a los años. ¿Viven más tiempo los años?

He *infravalorado* las *mutas*, incluso la de los taulipang contra los pishaukò.

Pero aunque fuera verdad, ¿de qué sirve saber cosas inmodificables?

Uno juega con las ideas para que *no* se ensamblen.

Él sólo se deja arrebatar en su propio provecho.

Él jamás dice “rico” sin ruborizarse.

Este año la gloria de Lichtenberg. Feliz tú que la has vivido.

Por tratarse de *él*, de pronto estás a favor de las conmemoraciones.

¿Es importante que vayas registrando la alternancia entre tus simpatías y antipatías? Quizá sólo sea el deseo de ser más preciso, de corregir aquello que no es del

todo verdadero en lo anterior. Se trata cada vez más de ti en todo ello, de lo que eres. Debería resultarte penoso, pero sería falso defenderse contra ello.

Lo arrojaron fuera del mundo con todos los lápices.

“Un hombre que se niega a sí mismo es más ciego y cruel que otros.”

*Tolstoi*

“Ha muerto Schaggo, el papagayo de Albert Schweitzer. Hablaba francés y alemán de Basilea, además de varias lenguas y dialectos africanos. También podía imitar tres voces diferentes.”

Será disecado.

El centenario y su palabra cotidiana.

Si calla, piensa él, callará el siglo próximo.

Pero llegan millones de palabras de las que no entiende una sola.

¿Pues quién podría pensar cosas radicalmente nuevas?  
¿Quién lograría olvidar la presión de lo antiguo? ¿Quién tendría la osadía de arrojar tras de sí la palabra “yo”?  
¿Quién se arriesgaría en semejante empresa a caer en las antiguas religiosidades o en las máquinas venideras?

Los predicadores del Yo desaparecido, ¿son acaso mejores?

¿Es botín todo? ¿Es glotonería todo?

No en vano se desquita uno con los animales. Cuanto más en serio se los toma, cuanto más directamente se les hace justicia, tanto más se ratifica el mundo en su red de glotonería. No hay salida.

Desesperación por compasión.

Sonne ¿tu ilusión? No, Sonne fue tu fuerza, indestructible. Y si pudiera decírselo, ¿se transformaría en una ilusión? Tal vez. Por eso lo dijiste sólo cuando él ya no podía oírlo; a él, nunca.

En el relato también hay algo impuro: el hecho de que se vaya ensamblando.

Pero justamente esa impureza es lo importante.

Atrás han quedado los tiempos en que me apetecía leer sin parar sobre los pueblos "simples, primitivos".

¿He renunciado a ellos? ¿Los he abandonado también yo a su destino?

No, pero es aterrador que los que se han salvado sean *como nosotros*.

Ante mí despliega él su esplendor todo el tiempo. Yo lo dejo hacer.

Luego pregona por doquier la noticia de que ya sólo puede hablar conmigo.



La preparación de la fama, más repugnante que cualquier negocio.

¿Puede uno salvarse de los prejuicios muy tempranos?  
Su triunfante resurrección en la vejez.

Ya volverán, pese a los crímenes y a la violencia, los abogados de los pobres.

Pero sin hacer del odio hacia otros el contenido esencial.

De quien dice en secreto "Yo" emana una gran fuerza.

Inventar cosas de poca monta.

Los ebrios de presocráticos se reconocen y odian unos a otros.

¿Qué más has hecho aparte de *exigir* a los dioses que devuelvan la inmortalidad?

"Yoho National Park in British Columbia. Yoho viene del idioma de los indios cree y significa *admiración*."

Beneficios de conciencia.

Narrar, sí, pero *parcamente*.

¿Y si el narrar no pudiera salvarse mediante la parquedad?

Colores, quizá todos los colores, no los de la muerte por amor. ¿Acaso somos arañas?

Sólo me hace feliz leer cosas sobre los animales: de forma concreta y detallada. Único salto fuera de la moral.

¿Cómo puede querer pasar por sabio alguien que se conoce?

Experimentar, tal vez, ni siquiera eso es fiable. El sabio es un artificio del que uno echa mano ávidamente para apoyarse. Pero se venga.

Sus andares, muy hermosos: su cálido cuerpo cimbreándose ligeramente sobre unas columnas altas, aunque no del todo seguras.

La mirada sigue las columnas hacia lo alto y se extasia con la carga.

Una mujer es algo tan maravilloso que uno querría canjearla en perjuicio de cualquier hombre.

Es la mirada dirigida a ella, a ella entera y disfrazada, lo que es maravilloso.

Después uno mira a otro lado, pues se avergüenza de su avidez.

Palabras que uno *evita* demasiado tarde.

Uno cumple cien años y se pasa a la religión de la muerte.

Incluso ahora sigue sintiendo él a Karl Kraus como a su gobernante privado.

Tiene que haber *sitio* en las asociaciones, de lo contrario son ridículas y triviales. No se debe dejar paso a todo. El control se contrae y se expande, y quien lo rechaza está perdido. Pero tampoco debe instalarse. Tiene su cuerpo y sus latidos. Un hombrecillo gigantesco que se encoge y vuelve a crecer. El control muere, aunque no siempre. El control deja pasar. El control tiene caprichos.

Mientras respiro, escribo. Pero, ¿escucho todavía?

Las exageraciones se independizan, como las ratas marsupiales de las axilas de Karora.

“Moral” dicen con desprecio todos los que sienten una exigencia. Pero, ¿es que sólo ha de resultar fácil lo difícil?

Lo que se exige del arte —según la época— me es ahora más indiferente de lo que para mí siempre ha sido. He conocido tantos movimientos que se convirtieron en moda que ya ni presto atención a los que se presentan como nuevos.

Y de verdad hay gente que me dice cómo hubiera debido yo escribir la historia de mi propia vida. Uno me aconsejó seguir más de cerca a Casanova. Otros ha-

brían deseado más psicoanálisis, más marxismo, más estructuralismo, lo mejor sería las tres cosas. Del individuo, al final, no queda nada; ¿cómo podría existir su historia?

La tristeza por las cosas (es decir, los acontecimientos) se ha vuelto tan grande que se me olvidan los mitos.

Sobre la brutalidad no sabes *nada*. La has reducido a la supervivencia. Y eso parece no bastar. Hay algo más. La herencia de todos los animales a los que se ha torturado no para sobrevivirlos, sino por torturar.

Poder, poder, has dicho. Demasiado a menudo – ¿de verdad crees saber algo sobre el tema por haber repetido tantas veces la palabra?

¡Qué desvergüenza creer que se sabe algo y quedar luego sorprendido cada día por cientos de cosas inexplicables!

¿Que las palabras son más de lo que podemos sacar de ellas?

Cuando el papel lo evita, cuando de pronto él tiene la impresión de que nunca hubiera habido papel, cuando empieza a meditar sobre la necesidad de inventar el papel – éste se le aparece de repente, y el lápiz se lanza a galopar.

¿Qué es esa tentativa actual por destruir el recuerdo?

Aun cuando éste fuera totalmente falso, aunque nada en él fuera cierto, sería más valioso que los trocitos que quedan en las manos de esos cortadores que pugnan por arrebatárselos.

¿Que ya no existe la persona? Pero si la palabra "Yo" no ha sido suprimida. Aún hay cristales que siguen incrustándose en torno a esta palabra. Y lo que así se forma, se ramifica y florece. Lo vegetal del recuerdo — su sentido y su misterio.

Su espíritu mana de la maldad, de la que él posee enormes yacimientos subterráneos.

Cualquier contradicción en los demás lo alarma. Las tuyas ni las nota.

Ni el más activo imitador logra derribarlo del todo.

Palabras por las que uno querría vender su alma, ¡cuántas almas habría que tener!

Si yo fuera Freud, echaría a correr de mí mismo.

La trivialidad del hombre que mide el espíritu por su aburrimiento.

F. con todos los bolsillos llenos de poemas. Los saca delante de Veza, los lee en voz alta, saca unos cuantos más, los lee. Ella escucha pacientemente, sabe que aquello dura cuatro horas, y luego él vuelve a tener los bolsillos llenos, y resulta que los bolsillos van pariendo poemas de forma automática. Él, sin embargo, como la reina de las termitas, sigue acurrucado y pariendo, dónde poner todo aquello, la habitación susurra y cruje, poemas a cada paso.

Asalta con el recuerdo a personas débiles y confusas, aunque no sólo a ellas, también a gente fuerte, y nadie que lo haya *escuchado le envidia* sus años.

Los más fieles: las personas que él ha visto *una sola vez* a su lado.

El amigo hecho de consejos que tú le das. Se los guarda en silencio y los olvida.

Barrigudos, tragaldabas, antiguos romanos (pero sin esclavos), palmeamoslos, carcajeadores, borrachos babeantes, empingorotados, seguros ciento por ciento — ¿qué más? ¿Por cuánto tiempo?

¡Ay, cómo se desprecia a sí mismo por todas las cosas correctas que ha dicho!

¿Valió realmente la pena inventar al hombre? ¿No había ninguna otra manera de arruinar la Tierra?

Toda esperanza parece encaminada a suscitar su contrario. Quien quiere lo mejor, se convierte en lo peor. Quien quiere lo peor, resulta ser un salvador. ¿Está el sarcasmo en las palabras o en las cosas? ¿Es la separación de cosas y palabras nuestra ilusión? ¿Serán realmente lo mismo? ¿Cabría haber esperado religiones mejores? ¿Cómo se nos han escapado? ¿Creemos demasiado fácilmente? ¿Creemos en lo primero que se nos presenta? ¿Hubiéramos debido ser vacilantes en la fe? ¿Habría sido esa vacilación lo suficientemente fervorosa? ¿Nos ha contaminado la comida? ¿Engullimos cada día nuestra maldición? ¿Cuál sería el verdadero ascetismo? ¿De qué hubiéramos debido abstenernos previsivamente?

Él se acerca a todo desde dentro. Se carencia.

Uno planta y riega personalmente las mayores injusticias.

Escritor edificante sin quererlo.

¿Por qué? ¿Porque no dice sucintamente "no"?

¿Porque ama el lugar donde vive?

¿Tiene uno que odiar el lugar donde está para que lo tomen en serio? Quizá sería más oportuno callar sobre este amor.

¿Por qué tanta debilidad? ¿Porque todo fracasa? ¿Porque no queda sino el rastro de una vida desprovista de toda influencia?

¿Acaso conoces las influencias *secretas*? ¿Has intentado explorar los sentimientos ocultos que pueblan el espíritu de un hombre?

¿Cómo sabes que todo ha de ser malo? ¿No hay ningún tipo de sorpresas para bien? ¿Tan sólo para mal? Una creencia falsa, pues *todas* tus intuiciones engañan, incluso las malas.

Es una presunción pretender haber cambiado algo *uno mismo*. Aún siguen todos ahí. Y aún vendrán muchos más. ¿No heredarán también lo bueno? ¿No podría esto irse enriqueciendo *paulatinamente*? ¿De qué ha servido esa falsa creencia en la subitaneidad, en que todo tenía que ocurrir de inmediato, ante *tus ojos*? ¿Por qué ante los tuyos? ¿Ante tus nietos? ¿Ante tus bisnietos?

Los escritores mienten no sólo en sus presunciones. También dicen: ¡Cuidado con caerse! ¡Un agujero! Muchas veces tienen razón, era un agujero y lo habían visto. Y si no lo era — ¿qué importa?

El *buen físico*, el físico como hombre bueno. ¿Qué significa eso? ¿Einstein con su violín?

Ilusiones como olores.



Los tucanes echan por tierra la teoría evolucionista. Otras cosas también, pero en los tucanes se advierte mucho más claramente.

Esos picos monstruosos, ¿para qué?

¿Qué picos cada vez más grandes han sobrevivido a los otros?

Uno los ve lanzar una baya *hacia arriba* – para luego hacerla pasar por toda la longitud de ese pico. ¿Cómo es que no se han muerto de hambre? ¿Qué sentirán cuando se golpean unos a otros con esos picos? Quizá se burlen así de los darwinistas y no tengan ninguna otra finalidad.

Demasiada alabanza. Demasiado agradecimiento. En la relectura te subyugan libros que tienes en tu casa hace cincuenta años.

Él habla a veces suavemente desde el más allá. ¿Por qué no afinas el oído?

El *incremento progresivo* de los sentimientos. Han perdido la vergüenza.

El mejor adaptado debería *desaparecer*. Pero, ¿por qué no desaparece ni uno?

Vivir escondido en un dios.

Él sabe cómo soñar con animales. *Su* sueño del templo.

Son las formas de los animales, siempre distintas, las que uno tanto anhela. Todos los que nunca han sido animales totémicos. Ahora ya no podrán serlo. Atrás han quedado los tiempos en que los animales eran *glorificados*. Ahora ya sólo podemos trabajar por su *preservación*. Eso es todo, poco, y, sin embargo, muchísimo.

Los moralistas que vivían en la sangre de su espíritu. Él intenta apaciguarlos y lamenta a Vauvenargues. Les pide que se vuelvan, y ellos advierten a Joubert. Entonces se les va la altivez y toman asiento suavemente.

Cada cual viene al mundo con la confesión de una culpa. ¡“Aquí estoy!” – ¿Quién no está ahí?

El hombre, distorsionado en dios, atemorizado en diablo.

Un psiquiatra insólito, uno que aún está aprendiendo y, no obstante, despierta sus celos porque se atreve a nombrar una y otra vez por su nombre a *esta* madre.

Es como si el hombre no supiera nada de los nombres. Inefable ingenuidad con los nombres.

Lo que uno aprende en la Biblia, la negación del nombre, ¿no es acaso lo más importante y duradero?

Por fin lo ha encontrado, el hombre con un corazón *no desgarrado*.

Los que se han entregado al lenguaje para *desintegrarlo*.  
Otros se estremecen a su contacto.

Desde que me voy acercando al final del propio siglo,  
el XIX me parece más cercano.

Mi orgullo es de otro tipo. Quiero que todo sea *de manera distinta* a como yo podría preverlo.

También tú, altanero, eres un *esclavo* del idioma en el que escribes.

¡No saberlo todo sobre los modelos más grandes y puros!  
Algo de ellos tiene que permanecer intocado. Deben poder *sustraerse*.

Quien toca fondo demasiado pronto, ha perdido. Ya no le queda nada.

El hombre que cincuenta y cinco años tras la muerte de su madre la llamaba por su nombre en cada página, me ha liberado de ella.

Desde que he leído su libro, ella se ha *desvanecido* por vez primera.

¡Qué homenaje al animal y al hombre, estos apuntes!  
Hasta el último minuto: ¡aférrate a ellos!

A ése no le gusta decir no sin terremotos.

Una serpiente pitón de diez metros de largo que se desliza sobre un durmiente, y él sólo se despierta cuando siente el final de su cola.

Los millones de años de historia de la Tierra: ¿qué incidencia tienen en la autoestima del hombre moderno?

Éste es el resultado de muchas más cosas que antes. Todo acontece siempre más de prisa, aunque ¡cuánto tiempo se ha estado preparando! La relación de su breve arco vital (incluso si se prolonga) con la increíblemente larga prehistoria tiene algo provocador, embriagador, lo hace capaz de más cosas. Las prohibiciones, gracias a las cuales fue posible la vida entre más hombres, tienen menos peso. No son para ellos más valiosas que una inclinación de la cabeza. En lapsos de tiempo semejantes también ha perecido muchísimo más. El superviviente vuelve la mirada hacia más muertos. Empieza a despreciarlos. Son demasiados. Entre ellos hay generaciones enteras de animales, asesinadas. Ambos son víctimas en apariencia naturales, animales y hombres. Son tantos que se les desprecia. También podrían ser *todos*. La distancia entre muchos y todos se reduce. Se empieza a pensar con más frialdad en un cataclismo universal. Como uno puede imaginarlo, se exceptúa — la excepción.

Se ha convertido en un juego o una broma apropiarse del final de los demás y experimentarlo.

Todas esas masas de muertos cada vez mayores no sólo son posibles: también son *deseadas* para potenciar la supervivencia.

Todo dependía en Sonne de un mínimo gesto de la cabeza, de un titubeo casi imperceptible ante una palabra, de un alzar la mano a medias (antes de que volviera a caer más rápido), de un respirar audible, de un efímero y sorprendente fruncimiento de la frente.

Cuanto más tiempo existe la historia de mi vida, más se va volviendo realidad. Al principio no era sino verdad. Así pues, cada cual puede crearse a sí mismo y acaba siendo —bastante tarde— el hombre que se hace merecedor de ello.

A nadie le ha resultado lo bastante extraño el comer. Nadie se ha atrevido a *algo más* que ayunar contra él. Pero así no ha sido objeto de reflexión, tan sólo retirado de la circulación, por *alguien*, y por un instante efímero.

¿Por dónde empezar cuando se reflexiona sobre el comer? ¿Habría que abstenerse de respirar, ver y oír entretanto? ¿Habría que limitarse a saborear y oler?

¿Habría que empezar con los lactantes? ¿Con los animales que vienen al mundo ciegos y permanecen así un tiempo?

Le gusta aplicarse colores de razas extranjeras e ir por el mundo humillada.

Con quien mejor se entiende es con quien no entiende absolutamente nada de él.

Él leía sumisamente y pidió protección a la autoridad.

Con algunas frases se le ponían los pelos de punta. Luego volvió en sí. Apareció un punto.

Hasta sería capaz de no dormirse si nadie le enseñara cómo hacerlo.

Sobre los jóvenes no sé nada. Todos me impresionan. Los saludo a todos sin saber por qué. No hay ningún adulator entre ellos. ¿Son tan orgullosos como lo era yo en mis tiempos? ¿Más orgullosos?

Ideas cada vez más tiernas, que recubran todos los paisajes. Él nunca los ha descrito. No ha descrito un solo paisaje. Los paisajes eran su castidad.

Cuanto más cosas nos separan de los animales, más valiosos son.

Lo que él siente más profundamente es la *humillación*, tanto la ajena como la suya propia.

¡Qué palabra! ¿Y cómo puede contener “humildad”?

Un hongo de dos mil años, inmenso como un bosque.

Cuánta amistad se necesita para poder pensar en solitario.

¡Cómo aquél rebusca su elogio y lo entierra, y cualquiera vuelve a encontrarlo!

Que no esté permitido conocer a los escritores, *leerlos*, pero no conocerlos. ¿Por qué no? ¿O a cuáles no? ¿Serán por eso los escritores muertos los más fuertes? Si me hubiera encontrado con Büchner en un lago, ¿habría surgido un *Woyzeck* diferente?

**1993**





Citas, la sal del espíritu, pero no las orales. Quienes citan oralmente son subalternos y aburren.

Él estuvo en el Mozarteum. Y en vez de a cantar, aprendió a chillar.

Es difícil no sucumbir a las teorías que abominan de la vida, que le niegan todo valor. Partiendo de lo que suponía un peligro máximo para el futuro, más peligroso en cada década, hemos recalado en un presente inefablemente abyecto. A la vejez vemos ahora ahí, potenciado, todo aquello que más a fondo habíamos aborrecido. Siempre habíamos hablado *en favor de* la vida, que debía ser más y más larga hasta acabar siendo eterna. Condenábamos a quienes querían evadirse. Despreciábamos a quienes defendían paraísos vacíos. Mirábamos y escuchábamos, respirábamos: y nunca era suficiente.

Ahora, la respiración entrecortada se ve infestada por la proximidad del crimen. ¿Fue Europa la niñez? Estabas en la escuela primaria cuando oíste gritar “¡Sarajevo!” Hoy, casi ochenta años después: “¡Sarajevo!” – El hombre es un leño que se arroja él mismo al fuego. ¡Detenedlo! ¡Sacadlo! ¿Quién puede saberlo todo sobre él? Tal vez quiera que lo saquen. Tal vez arda de pura *expectación*.

¡Ojalá supiera si hay una palabra que cuenta, una sola!  
¡Cómo la mantendría, acariciaría y mimaría: una sola palabra!

No puedo despojarme de las palabras. Podría, si fuera necesario, tumbarme desnudo para morir. Sin las palabras no puedo hacerlo.

Inventar, no confesar. Aburrimiento de los diarios confesionales cuando se vuelven compañía. – Fascinantes las confesiones súbitas, tormentosas (cuando no son actuadas).

Él sigue, cojeando, a los antiguos viajeros de su juventud. Ellos todavía se asombran.

Lo más precioso quiere volver a adelgazar, si no, se pudre.

Él se niega a pensar en “aborígenes”. ¿No han sido ellos nuestro principio?

La duda sigue retrocediendo más y más en el pasado. Antes se contentaba con romanos y asirios.

Ahora, la duda se ha encaprichado con las *mutas*. Éstas siempre han existido. Desde que existe el hombre han existido las mutas. Y aunque logremos aniquilar a los romanos y asirios dentro de nosotros, las mutas son irrevocables.

Comparar el asesinato de animales con el de incapacitados. ¿Es lo mismo?

Lo peligroso de *La boda*. Lo eficaz en ella es la *crudeza* de lo mostrado. A nadie le interesa el hundimiento. Demasiado tiempo, durante décadas, nos ha amenazado el hundimiento. Nos hemos ido acostumbrando a él. La crudeza de los invitados a la boda fascina como tal.

¿Más indulgente? No es verdad, no se vuelve uno más indulgente en la vejez, sino más sentimental. Lamenta ya la pérdida de todo aquello que abandonará. Se comporta como si uno mismo fuera lo abandonado.

Tal vez sea un obstinado sentimiento de cohesión, como si lamentando pudiera uno conseguir más fácilmente lo que parece cada vez más difícil. Las conexiones internas desaparecen. Algunas asperezas van cediendo. Otras sólo se tornan visibles gracias a la desaparición.

La pasión de los románticos por la muerte me produce repugnancia. Se comportan como si *su* muerte fuera algo particular.

Me he topado con Robert Walser, entre muchas, entre cien otras cosas: lo más vivo.  
Kafka empalidece.

¿Será hambre de vida la palabra adecuada? ¿Se vive por mor del hambre y de la saciedad? ¿Cómo han vivido, entonces, los ascetas que renunciaban a saciarse?

¿Habría una vida rica sin esta hambre? ¿De los ojos, de los oídos? Ahora veo que los colores y las palabras me estimulan *por sí mismos*.

Hace cincuenta años adopté ciertas medidas por si me pasaba al bando de quienes desean la muerte y lo *decía*. Pero esto jamás ha ocurrido. Respiro ante cada mañana que llega. Respiro profundamente en el sueño. Aquello que me era próximo, regresa y plantea sus preguntas. Yo no intento contestarlas y vuelvo a preguntar. Pienso en la gente que aún podría estar ahí. Quién soy yo para impedirsele. Mi mosca va de un lado para otro y no tiene miedo. Se hace la apresurada; yo no lo estoy, y temblaría si *me* viera con sus ojos.

El aburrimiento de Dios sin nosotros, moscas.

Las máquinas no son lo suficientemente enigmáticas como para creer en ellas.

Encuentro con Swift en sueños. Estaba estupidizado y preguntaba por el camino. “¿Cómo podría ir a Brobdingnag?” Se lo mostré, él se detuvo y dijo que los gigantes le daban miedo.

¿Por qué no habría de admirarse de sí mismo, si se ha asombrado *de todo*?

Parábolas perezosas.

Busca el lugar donde todos sigan vivos para él.

No afirmar demasiadas cosas correctas.

Hay que preguntarse cómo habríamos soportado este siglo sin nuestras esperanzas.

Para mí empezó con las guerras balcánicas (1912), y ochenta años más tarde (1992) ha vuelto a desembocar en las guerras balcánicas.

¿Cómo entender esto? ¿Se halla sometido a alguna ley? En el ínterin ha habido dos guerras mundiales.

En tiempos de Balzac las ciencias aún eran como un fuego y lo purificaban todo.

En los nuestros, son una duda torturante.

Frustrar como profesión.

Gestos amenazadores de animales sumamente débiles contra el poderosísimo ser humano. Como tú, pero, ¿contra quién? ¿Si al menos pudiera ventear yo *a mi* poderosísimo! Sólo tengo la nada. Pero cuanto más claramente siento que sólo tengo la nada, más me rebelo contra esta palabra: nada, *Nichts* en alemán, casi tan siniestra como *néant*.

Sólo me siento en casa con muy pocos escritores. Pero con éstos a un grado tal que después de sesenta años no logro desprenderme de ellos. Se han convertido en obsesiones, pero increíblemente felices.

Pasa por indecente desde que uno de sus libros es leído. Pero eso no lo incomoda, y él vuelve a escribirlo.

Psiquiatra y poeta: la guerra mundial su esperanza. Firmemente convencido de la reacción en Rusia. De la última guerra mundial extrae hoy la venganza. También las guerras balcánicas siguen vivas para él. *Todas* las guerras contra los turcos hasta llegar a la batalla de los campos de Kosovo. Ésta ofrece además la ventaja de exterminar albaneses. Cada enemigo tiene su razón de ser. Ninguno es olvidado. Cien mil oportunidades distintas de vengarse. Cada hombre tendría motivos para exterminar a todos los demás. ¿Acaso no están todos contra él?

Se lo digas o no, él lo oye de todas maneras. Sus orejas farisaicas.

¿Qué pasa con las palabras que has utilizado *con excesiva frecuencia*? ¿Deberán recuperarse de ti?

Coloco en lo más alto a quienes busco por no tener nada en común conmigo. (¿Pascal?)

¿A qué espíritus quiere uno tanto que no se atreva a leer todo lo que han escrito?

Todos los lugares donde no ha estado lo mantienen vivo.

La verdad como niebla incandescente en el cosmos.

Palabras achatadas al máximo, como armaduras. De un lado para otro dentro de ellas, de un lado para otro: filósofos.

Poeta y psiquiatra de Montenegro. Confía en la Tercera guerra mundial. Asevera que todos se odian.

Detesta a sus pacientes. Les destruye su ciudad. Se pavonea en Ginebra. Declara a todos los demás criminales de guerra. *Es escuchado.*

El que no aprovecha cada oportunidad – así empieza el ser humano.

Nadie, *absolutamente nadie*, puede decir qué clase de siglo se avecina. Pero el hecho es que *se avecina* uno.

Los pocos hombres testarudos que han determinado la visión del mundo.

Su rencor. Se va transmitiendo sin ser reconocido.

Las cartas de quienes me agradecen (y a quienes, por consiguiente, debería estar yo agradecido) me emocionan poco. Cuando las leo nunca me abandona la sensación de *intercambiabilidad*.



La profunda aversión de Burckhardt contra Napoleón me hace sentir bien. No había yo cumplido aún siete años cuando experimenté esa misma aversión, la *más antigua*, que hoy, ochenta años después, todavía siento en mí inalterada.

¿En qué fuentes se apoya en el caso de Burckhardt? En madame de Rémusat y Metternich, cortesanos cultos. Aunque B. se remite a una declaración decisiva de Napoleón, que se encuentra en Metternich: "Sólo sacrificó a treinta mil franceses en la Grande Armée". Este es el *verdadero motivo* de la repulsión de Burckhardt. Y es también el mío.

¡Qué ridículo suena el relato de Goethe sobre su diálogo con Napoleón cuando uno sabe más sobre este último!

Napoleón lo halaga como conocedor del *Werther* y descubre en él un fallo.

La confrontación con el poder más grande del momento resulta fatal: su halago es irresistible, hasta el espíritu más grande se siente honrado por él.

Cuando rindes homenaje a una ciudad, no te refieres para nada a su poder. Por el contrario, quieres decir que ha conseguido sustraerse a algún poder.

Los han desacostumbrado de atrapar al vuelo. Pero son peces.

A la mesa que ella encontró. —¿Entrará en la habitación? —¿Dirá: soy yo? —¿Dónde has estado? —No lo sé.

—Estás igual que entonces. —¿Tanto tiempo ha pasado?  
—Mucho y casi nada, porque tú estás ahí. —Me voy,  
para que pase más. —¿Quédate! ¡Quédate! —Nunca.  
—¿Dónde estás? —Lejos. —Muéstrame el camino. —No  
hay ninguno. —¡La puerta! —Está cerrada. —Tú la ves.  
—No veo nada. —¿Me ves? —¿Tú quién eres?

“Bosniacos”, así se llamaban en la infancia vienesa. ¡Qué respeto había en la palabra! Los más valientes, como los tirolese.

Medio siglo más tarde: visita a Meša Selimovic en Sarajevo. Le mandé decir que parecía un escocés de los Highlands. Receloso, me preguntó qué quería decir con eso. Su mujer nos ofreció de rodillas café turco. Sus hijas soltaban risitas en el vestíbulo. Me mandó decir que lo habían comparado con Dostoyevski. Un hombre muy orgulloso.

¿Dónde estaría ahora? ¿En Sarajevo?

En todo ves poder, casi en todo. Y dices vivir, vivir más tiempo, siempre.

¿Qué es lo que falla ahí? ¿Intuyes secretamente algo que no es poder y quieres descubrirlo? ¿Necesitas más y más años para ello?

El mordaz se considera limpio.

Joubert lo salvó de las *pointes*. ¿De qué sirve el ingenio cuando se tiene algo que decir?

Él se matricula en la desgracia. ¿Nadie mira?

Y aún sigues diciendo que no sabes nada. ¿No se ha dicho ya un pelín demasiado?

Todos los personajes que no ha registrado lo mantienen con vida. Y podría recuperarla.

Ronald Syme, sus marchas de legionario en solitario. Marchó por todo el Imperio romano, su patria era Nueva Zelanda.

La idea de inmortalidad se ha vuelto divertida. Para mí no ha perdido un ápice de su importancia.

Asirios, por doquier asirios, y los profetas que se llevaban con ellos. Pero esos asirios tienen hoy día profetas propios.

Desde la aridez de afirmaciones chirriantes, de pronto disparos. Se asusta. ¿Estará en un cementerio? ¿Lo habrán avistado los tiradores estando él de duelo?

Los soles se han multiplicado tanto que uno acaba destestimándolos todos.

¿Qué significa este ver-más-y-más, millones, miles de millones de mundos, hacia fuera, hacia dentro?

¿Significa que no estamos en ningún sitio porque hay *tanto* en todas partes?

Acaso no haya ningún rincón en la Tierra que no haya sido alguna vez cementerio.

Acaso haya sólo cementerios-más-o-menos. Pero ¿cómo determinarlo con seguridad? En algún sitio quiere uno dormir para volver a despertar en algún sitio, y no hay animal que aguante eternamente el extranjero.

Pero nosotros lo sabemos. Eso lo hace más difícil. ¿Cómo soporta un hombre lo que sabe? Repartiéndolo, entre todos, entre el mayor número posible, ellos se lo endosan a sus burros de carga y se sientan encima de través.

Él está a la primera pregunta. La cuarta estaba al lado mismo.

Setenta escritores cercados en Sarajevo. ¿Estará entre ellos mi amigo, el conocedor de los bogomilos, de cuyo nombre ya no me acuerdo, que descendía de un príncipe bogomilo y hablaba de ello como si hubiera sido ayer, enemigo de los católicos y también de los serbios? Cómo me parecía grotesco entonces, y hoy día es, si todavía está, uno de esos 380.000 a los que les ocurre lo que él me explicaba moviendo orgullosamente los dedos.

Qué despreciable decirse que ella no sólo no está ahí, sino que tampoco querría estar ahí en ningún caso.

La breve dicha, uno, dos años, se la ha saltado.

Ahora volvería a apañárselas, pese al cambio en las amenazas.

Los que retornan, como una raza propia de hombres entre nosotros. Aquellos que deben vivir dos veces; otros tres; y otros nunca (¿dónde *están* éstos?).

Adultos repugnantes, uno los ha conocido cuando eran fascinantes criaturas jóvenes. Pero han visto y aprendido mucho, tarde, y ahora son como todos.

El más aburrido: Dr. Dr. Dr. Dr. Dr.

Aquel que fue calado a fondo envejeció y se hizo cada vez más poderoso y sabía que había otro que también envejecía cada vez más y lo calaba a fondo.

Se sienta donde hay gente comiendo. Y ellos se desentienden de él.

El que sólo siente roces que no se producen, el tocado-en-sueños.

¿A quién matar? ¿Por quién ser asesinado? Bosnia.

Ellos no hacen sino hurgar en convicciones. Tú lo tienes fácil con tu convicción suprema. Lo contiene todo. ¿Significa algo todavía o le basta con contenerlo todo?

A veces relumbra el recuerdo. A veces es noche plomiza.

Hay que ser ya muy viejo para que la noche plomiza también relumbre.

El gemir de los caprichos.

¡Ódiate más temprano! Ahora es demasiado tarde.

Conversaciones con la eternidad de entonces.

Partes negociadoras durmientes. Pellizco como asentimiento.

El hombre que se vestía de sitios lejanos. Siempre que volvía a verlo, estaba embutido en otro.

En una región tan grande como Europa, donde vivían cuatro personas, se conocieron en un período interglacial.

Una ley según la cual toda ciencia debe quedarse en un estadio concreto al que haya llegado. Sólo hay ciencias-momias y aquellas destinadas a serlo. El progreso se ha abolido, a partir de cierto punto queda prohibido.

Pero las momias tienen trato entre ellas.

Algunos espíritus del pasado a los que hemos cortejado mucho. ¿Por qué se nos han vuelto más insoportables que otros? Aunque los más insoportables son los que lo han cortejado a uno.

Un hombre que no sabe que las palabras existen *aisladamente*, y todo lo que hay entre ellas es irrelevante y, a lo sumo, objeto de la filosofía.

¿Debo admirar o sólo tomar en serio a quienes desean dominar toda una época o varias y acaban siendo así filósofos? Son reconocibles porque lo primero que proclaman es el final de toda la filosofía anterior, de toda la filosofía en general.

No hablo conmigo mismo, aunque escribo con apasionamiento. ¿Con quién estoy hablando?

Existe una limitación a los muertos. Existe una apertura a través de los muertos.

Lo primero es terrible, ha dado origen a toda suerte de desgracias.

Lo segundo salvará al mundo mediante la compasión.

¿Hay que venerar a quienes no se ha conocido?

¿Hay que venerarlos *a pesar de* haberlos conocido?

Que no quieras mantener gente a distancia. Al principio eres demasiado bueno con ellos.

En cuanto eliminas la distancia, empieza tu recelo.

Lo mejor, lo más rico, lo más versátil, lo más conmovedor es el comportamiento con una persona.

Hegel sobre *La Pasión según San Mateo*:

“Dice Hegel que esto no es buena música, que ahora se ha avanzado más, aunque aún se esté muy lejos de lo realmente válido.”

De una carta de Zelter a Goethe de marzo de 1829. Tras la repetición de *La Pasión según San Mateo*.

Huérfanos – todos los que hemos confiado en Gorbachov, medio mundo, el mundo entero. Yo hacía décadas que no creía tan intensamente en nadie, había puesto en él todas mis esperanzas, por él hasta hubiera rezado (negándome).

Pero no me avergüenzo de ello en absoluto.



Digo "Goethe" con gusto. ¿Por qué? Jamás me habría apetecido visitarlo y quizás tampoco habría hablado a gusto con él fuera de sus colecciones. Cito su nombre porque es *el más amplio* y a mí me habría fascinado ser amplio – pero resulta que sólo soy fanático, algo que él nunca fue; quizá lo nombro porque me gustaría avergonzarme ante él.

Siempre escribe él "odio" y luego se arredra –demasiado tarde– ante la palabra, sin la que no puede pasarse.

Qué importante es no leer *demasiado* cuando se está haciendo algo, y sobre todo: no demasiado del mismo modo, bajo las mismas condiciones. Esta es precisamente la desgracia del espíritu académico: se impone como norma suprema. Luego puede surgir de ahí lo que sea, pero primero pasa por la norma suprema. Y así queda ya castrado. Lo que surge no puede ser *engendrado*, surge a partir de sí mismo por repetición.

La manía-sistematizadora de los franceses. Lévi-Strauss y los mitos. Son seccionados y rearticulados de manera tal que pierden su eficacia. Y este proceso de destrucción de los mitos se considera investigación de los mitos.

¿Cómo puede un hombre que ha devorado miles de mitos no saber que son lo *contrario* de cualquier sistema?

La empresa de Lévi-Strauss me resulta tan enigmática, ese revolcarse en lo académico por parte de alguien que está sobresaturado de mitos – ¿cabe imaginar algo más desesperanzador? Intento comprenderlo leyendo las conversaciones con él.

Lévi-Strauss dice que estaba lleno de mitos, embriagado por ellos ya a primera hora de la mañana, más y más mitos durante horas y más horas y días y años. Suena a extasiado, como un recuerdo de vivencias auténticas. Y uno se entera luego de que desde su juventud le gustaba Wagner y que Wagner influyó en su tratamiento de los mitos. Compara el proceso de fragmentación y posterior recuperación y repetición de ciertas partes de los mitos con los "motivos-guía" wagnerianos. Esto ya es bastante discutible de por sí. Pero también se le olvida mencionar que Wagner se pasó años ocupado en un único mito, mientras que él, Lévi-Strauss, va poniendo en fila cientos de mitos como en un herbario.

Y esto es lo único que admite comparación con su método: las plantas prensadas de un herbario. Los ha ido pegando uno a uno en un libro, clasificándolos por especies y familias.

Y son también estos principios clasificadores los que le interesan. Cierto es que inventa algunas oposiciones simples como crudo y cocido, por ejemplo, con cuya ayuda realiza su clasificación. Pero, ¿qué queda del mito propiamente dicho?

Ni siquiera la tenue vivencia del investigador que, en una sola mañana, ha absorbido quizá dos docenas de golpe.

Su vida propiamente dicha son, sin embargo, las instituciones. Un impulso irresistible lo impelía hacia la vida académica, y acabó recalando en el Collège de France. El lugar al que llega así, el Instituto, es ya, arquitectónicamente hablando, una de las instituciones más antiguas y venerables de Francia.

Su primer campo de investigación —y el más específico— son los sistemas de parentesco. Apenas si hay otra cosa, pero qué le vamos a hacer: los trabajos de la antro-

pología inglesa y norteamericana lo entusiasmaron, y el interés por su familia judeo-francesa, muy ramificada, parece haber permanecido siempre despierto en él.

Lo realmente asombroso es la conexión que existe entre este ámbito de trabajo inicial y el posterior, consagrado a los mitos. El hecho de que en ambos casos empleara el mismo método no parece haberlo confundido.

Su destrucción del totemismo, por último, se piense lo que se piense sobre ello, procede de su absoluta necesidad de clasificar. Esto habría que discutirlo con más precisión.

Es deudor sobre todo del estructuralismo lingüístico de Jakobson, que le brinda la excusa para todas las arideces de las que es culpable.

Entre sus amigos menciona a André Breton y a buena parte de los surrealistas. No es fácil decir cómo contribuyeron éstos a que él tramase sus tejidos, quizá menospreciando *otros* tejidos. Y éstos —sin duda contra su voluntad— también serían mitos.

La resistencia que siempre he sentido hacia Lévi-Strauss (sin haberlo estudiado seriamente y pese a que su oposición a Sartre me gustaba) encuentra ahora su explicación: durante toda su vida fue discípulo de Richard Wagner en el sensibilísimo campo del *mito*. Me resulta casi inconcebible que alguien que se haya dedicado a los mitos durante veinte años confiese *esta* dependencia.

Quedarse atrás, siempre, no estar nunca con lo que es válido en el momento. El efecto retrasado lo es todo, la recuperación a posteriori del tiempo.

Él nunca hablaba con nadie a solas. Quería conservar su propiedad, no aumentarla.

Se cree con derecho a olvidar toda la desdicha que alguien haya ocasionado si se incorpora a la anti-muta. "Converso."

Lo respeta demasiado para querer conocerlo. No quiere que nada perturbe su respeto.

El *anciano* airado, sea, es algo que no ha habido hace ya tiempo, también la ira tenía que aferrarse a lo "joven".

Post-algo: la cultura más lamentable. Algo que nada sabe, excepto que quiere estar *después de algo*.

Callar la boca y no enmudecer. La cuadratura del espíritu.

¿Hay que abusar de una palabra para descubrirla?

Le gustaría llegar a ser tan viejo que ninguna mujer lo excitara mentalmente. Quisiera tener un conocimiento *imparcial* también del otro sexo.

No hay manera de evitar *lo mismo*, no es mucho lo que lo integra, pero en cambio es lo mismo, siempre lo mismo, y esto es sin duda lo que en mis años mozos me fascinaba de la locura: que no es mucho, pero uno nunca se libera de ese poco, que se repite y se repite siempre con más fuerza, hasta que uno ya sólo se com-

pone de eso, todo lo demás se ha filtrado y permanece oculto en el subsuelo del delirio dominante.

¿Ha empezado para ti una época amarga o airada?

Sacas consecuencias de *antiguos* desenmascaramientos, cosas que hace tiempo ya te resultaban claras sobre determinada gente adquieren de pronto una virulencia monstruosa.

Te entregas a la ira. Ésta te estimula. ¿Es lícito estimularse a costa de otros? Aunque uno estuviera en su derecho, cosa que no puede ser, ¿no estaría permitiéndose algo que va en la dirección de la supervivencia, la más condenable de todas las direcciones?

Aquellos examinandos chinos que se volvieron escritores porque fueron suspendidos. De todo el pasado, lo que a él más le habría gustado ser.

No me he liberado de *nada* en lo que alguna vez haya creído. Todo se ha ido añadiendo, simplemente.

Los dichosos que pueden tirar por la ventana sus antiguas vivencias. Se sienten aliviados, aunque no quede nada de ellos.

Tampoco puedo evocar con odio el lugar de la falsa adoración. Sólo quienes nunca han podido adorar ni adorarán jamás me parecen muertos como piedras.

“Rito”, dice él, y se inclina hacia todos lados.

Si “mito” no fuera esta palabra griega – ¿seguiría siendo casi lo único que has conservado intacto?

¿Qué te *ata* a los mitos? ¿Por qué –sin buscarles una pauta ni pretender encontrarla– no acabas de saciarte nunca con ellos? ¿De dónde les viene su esplendor? ¿De dónde su inefable sencillez? ¿De dónde su indestructibilidad y el espacio que siempre contienen? Son flexibles, pero también inmutables. Sus “variantes” engañan. No remiten a leyes fundamentales, sino que éstas remiten a ellas. Si son crueles, nos enseñan a guardar distancia. Si son apasionados, nos enseñan el amor. Miseros nosotros, que somos residuos de ellos. Nadie ha llegado a ser lo bastante viejo para agotar uno solo. Las ranas, sus exégetas, ya pueden croar en vano.

Los inadaptados son la sal de la Tierra, son el color de la vida, son *su propia* desdicha, pero también nuestra dicha.

Había allí uno sentado que me cayó bien. En su rostro no se leía cálculo, sino una voluntad indulgente. Cuando se levantó para irse, me miró con la complacencia que yo le había mostrado. Era alto y encorvado por afebilidad con los demás. Jamás sabré a quién ha ayudado, quizá sean muchos. Sonrió cuando nos miramos a la cara y saludó. Pero no me habló. Las personas con las que me gustaría contactar nunca me hablan. Ven que escribo, sonríen ligeramente porque piensan en algo leído, y siguen su camino.

Un hombre del que presentimos cada emoción, tres años antes de que él mismo la tenga.

Creo que la verdadera vocación de los judíos es confesar su sentido y su origen, no negarlos nunca, pero sí desconfiar de la fe que los ha preservado hasta ahora entre grandes sufrimientos.

Conocer el miedo de un animal como si uno lo hubiera vivido *desde dentro*.

Quizá este miedo concreto sea *el mismo*.

La experiencia con *un* ser humano basta para cien años. E incluso después nunca se agota del todo.

Y de pronto alguien descubre que antes todo era mejor, matanzas más reducidas, explosiones aún *in spe*.

Más vale volver ahí, dice él, *pese a nosotros como futuro*.

¿Por qué *se avergüenza* uno tanto por los rusos? ¿Porque todo fue en vano y ellos lo saben?

Su rostro inteligente, a ella le gustaría tanto interrogarte. Tú pones cara sombría, te gustaría tanto ser interrogado.

Puede que estemos cansados de los griegos. Pero, ¡qué cansados estarían ellos de nosotros!

Lo que está en los periódicos sólo le interesa cuando él mismo lo dice. ¿Por qué habría de respetar a *otro* lector de periódicos?

Todos los negados para las matemáticas como tú — ¿qué más saben del mundo?

¡Los griegos! ¡Los griegos! — ¿Por qué los griegos? ¿Sólo porque aún quedan restos de su idioma? ¿O como estación intermedia necesaria entre los egipcios y nosotros?

Quizá porque sus vestigios son tan equívocos.

Quizá también porque son crueles como nosotros y, sin embargo, más civilizados.

En el abandono ingeniosamente conseguido tampoco se vuelve uno mejor.

La locuacidad de Nietzsche.

¡Con que presunción repartió miles de ceros!

Él sabe que todo está escrito en el viento. Pero escribimos para respirar.

En cuanto se alcanzó cierto número de dioses, dicen, la humanidad se agotó.



Lo que a uno lo atrae en Darwin: su aspecto de aborigen australiano.

*Todas* las teorías del lenguaje no han podido nada contra él hasta el día de hoy.

¿Y si resulta que el entusiasmo es indigno del hombre como el olor a sangre?

Cierto, el recuerdo lo es todo, pero ¿no es acaso ignominioso para aquellos a quienes concierne y no toman parte en él?

Él vino al mundo con las manos juntas y le rezó al idioma desconocido.

Compasión por los cañones.

¿Y si los animales acabaran liberándose de nosotros?

El Amalotodo, su asco cuando algún dedo lo toca.

Ella abjura de sus cabellos, se cercena el alma y se atrofia.

En todo cuanto he dicho sobre los animales me veo a mí mismo como un embustero por haber tenido tan poca *experiencia* con ellos. He devorado los mitos sobre ellos, y a veces he *observado* animales, nada más, aunque emocionado, como si estuviera en uno de los viejos mitos de metamorfosis.

Aparte de eso, nada. Nunca me he vinculado a un animal durante años. Mi respeto por ellos era demasiado grande. Si algo divino ha habido en mi vida, ha sido esta veneración temerosa por los animales.

¿Qué habría hecho Moisés con todos mis becerros de oro? ¿Me habría matado como a un egipcio? ¿Me habría condenado y exiliado? ¿Habría sacrificado ante mí a mis animales y los habría llamado víctimas?

¡Qué no daría él por conocer los últimos años de Swift sumido en la demencia senil!

Ella le entregó un diccionario de pensamientos decorosos.

Esto es lo que hoy te distingue de la gente: una piedad desmesurada.

Avidez de letras escabullidas.

Diccionario desencadenado.

Él querría olvidarlos, a los dueños soberanos del espíritu, pero ellos se siguen inmiscuyendo en todo.

Si uno pudiera *sentir* realmente lo que le llega de fuera, se quedaría sin aliento.

Es *otro* espanto el que sobrecoge a quienes están fuera de nosotros, es diferente del propio.

Al estar solos somos, en apariencia, crueles con los demás, y muchísimo más crueles con nosotros mismos. El miedo que sentimos por otros nos enfurece contra nosotros mismos.

¿Qué es más punzante: la muerte o el tiempo sin dolores que vendrá luego? ¿Y por qué los dogmas de fe aseguran con tanto empeño dolores más intensos para después?

No veo nada. Aquí estoy. ¿Quién ve más? ¿Quién es capaz de tranquilizarme con lo que ve?

Siempre he temido, ya de muy joven, que todo pudiera acabar en el absurdo. Siempre me he puesto en guardia contra ello, a mí y a quienes pudieran llegar a saberlo.

Pero, quién habría sospechado que las advertencias deben reducirse a profecías, que esta es, precisamente, su naturaleza más íntima.

¡Qué absurda es ahora esta resistencia! ¡Ojalá todo tuviera otro aspecto fuera! Pero parece cada vez peor. ¿Qué es lo que queremos salvar? ¿La diabólica naturaleza humana, que es cada vez más diabólica?

Lo más fuerte, lo más verdadero lo dijo él al principio. Desde entonces *ha ocurrido*, pero peor. Él mismo se volvió más, más y más indulgente, y lo que de verdad ocurrió era cada vez peor, peor y peor.

Basta. No cambias nada. No impides nada. Eres menos que una efímera, menos, porque tú lo *sabes*.

Desahoga tu alma escribiendo, se infla demasiado.

El hombre libre se defiende y por eso ataca a otros hombres libres.

De los hijos que luego surgen por violación se ocupa el Santo Padre.

Cómo ha ido creciendo y creciendo, el poder del mísero hombre primitivo, hasta convertirse en la omnipotencia que lo destruyó todo, también a sí misma.

Mientras ellos son más y más numerosos, desesperadamente más, él predica: ni uno, ni uno solo debe perecer, todos deben vivir para siempre.

Pero, ¿hay uno solo que merezca vivir para siempre?

Sobre eso no se pronuncia. Sobre eso no tiene opinión.

Frases ajenas – intolerables, hasta que uno las *sueña*.

Por los libros que no puede sufrir se entera de más cosas. La compulsión a aceptarlos lo espolea hacia ideas inesperadas.

La espontaneidad tampoco sirve de mucho. Nada le sirve al hombre. ¿Cuáles serán sus aptitudes erróneas?

Persigue una idea a lo largo de siete frases. Si lo consigues, podrás seguir persiguiéndola.

En el recelo, cada cual se convierte en su propio objetivo supremo. Se siente inducido a proteger cada uno de sus poros. Fuera de él no hay nada importante en el mundo. El mundo está integrado por él. Le resulta tan próximo que lo abarca con la mirada. Ninguno de sus componentes puede escapársele, sabe dónde corre peligro. Si renunciara a lo más mínimo del mundo, pondría todo en peligro.

La *unidad* de quien se entrega a su recelo es, por así decirlo, la recompensa a sus torturas.

Esa unidad es lo que más anhela el hombre en proceso de desintegración.

Es horroroso odiar aquello que no puede defenderse.

¿Puede haber compasión para con todo, con un Stalin, con un Hitler? ¿Puede lo más maravilloso, la compasión, ser contagiado por la escoria de *semejante* empecinamiento?

¿Compasión con los más poderosos derrocados? Eso no puede llamarse compasión. Es una despreciable obediencia a la *imagen* del poder, aunque éste ya no exista.

Cuando la historia se esfuerza por “ser justa”, recurre a unos cuantos disfraces de personajes derrocados y se los pone rápidamente a quienes van a serlo. Pero, ¿siguen siendo los que van a ser derrocados? ¿No se transforman en otros, necesitados de protección, ellos, que nunca hubieran respetado a ese tipo de gente?

He dicho “poder”. ¿Cuán a menudo, cuán a menudo! Pero, ¿lo habré pintado tan feo como es? ¿Le habré quitado una milésima parte de su atractivo?

Lo que más cuidan los *poderosos* es su inmortalidad.

Y uno no tiene más remedio que avergonzarse de lo que haya deseado para sí.

Siempre que acaba recalando en las proximidades de algún poderoso, se ve a sí mismo asesinado.

¿Con qué rasero mides lo que sería mejora, si todo es cada vez peor?

Lo que no se le debe exigir a una nación. A todas las demás sí, a ésta no, sólo a ésta no.

Las generaciones se van incrementando en el pasado, hasta que se nombra al gigante del origen.

Es demasiado viejo para toparse con algún origen.

Ha odiado demasiado tiempo la historia, y demasiado consecuentemente.

¡Qué felices y orgullosos se sienten cuando descubren tretas humanas en animales!

No puedo olvidar la cazurrería del pobre B. B., que no era más que un ladino B. B. y por eso introdujo la noble palabra "astuto". Era noble porque provenía de la "astucia" de la historia, una de las creaciones más dudosas de Hegel, que por ello se puso de moda y empezó a usarse.

Le vino muy al pelo al pobre B. B., a quien le estaba permitido todo cuanto era astuto, y que en vida consiguió más que Shakespeare.

La palabra, en su momento la palabra seminal de la Primera guerra mundial y ahora la palabra final del siglo.

La bomba atómica ha resultado, pues, superflua. La palabra de por sí fue suficiente. No llegó del Este la desgracia. Llegó de la vieja Austria.

Mientras no olvides nada, estarás ahí. Mientras no apartes la mirada, estarás ahí. Mientras no te inclines ante ello, estarás ahí, no un paradigma, sino una imagen

del hombre que no ha dado su aprobación a nada inhumano.

Si la abyección del exterminio no acaba inundándolo todo, también tiene que haber algunos que le digan "no" sin quejarse.

La carga de los ideales dilapidados, vagones repletos, peligrosos como armas.

Deliberaciones en el próximo siglo. Él no puede irse antes.

No amargado por ningún nombre, confiando en quien hablaba con los ángeles, amigo del arcángel Gabriel, tu nombre, sólo tu nombre digo: BLAKE. De la población de Inglaterra, que acosa mi recuerdo, el único, lo único que me ha quedado, pues sin amor y adoración no puedo vivir ni un instante. Mientras las tinieblas se propagan, su luz me ha de iluminar. Decía lo que veía, nunca decía otras cosas, pero lo iba grabando laboriosamente y ese difícil trabajo lo alimentaba a él y a su esposa.

Continuamente viene a mi memoria. Hace meses que, dentro de mí, él ha borrado a Inglaterra. Aún sigo amando allí los cementerios en torno a las viejas iglesias, y él, sí, él yace en uno de ellos. Los otros, nombres y años, se esfuman, él yace allí todavía y me mira desde todas partes.

¿Podré yo inventar como él? ¿Podré creer como él? ¿Me habla en inglés la Biblia? "Jerusalén", esa palabra, ¿qué ciudad ha sido enaltecida como ésta lo fue por él?



Con su mirada vi a dos personas sentadas a mi lado, las oí sin oír, se levantaron, la mujer canosa se quedó de pie ante mí, la miré a los ojos, vaciló, el marido, bajo y encorvado, la siguió y asintió con la cabeza, pasando a mi lado.

Lo he nombrado. No tengo nada más que decir.

¡Qué capacidad de evocación dormita en cada uno! Muy raras veces he cedido ante ella. Daría todo el ingenio del mundo y media inteligencia por una sola línea de aquel que veía ángeles y condenaba inventos.

Enredar una memoria y luego desenredarla.

Tu curiosidad a nadie le sirve. Ya sólo se sigue almacenando.

Leemos a más de uno porque nos recuerda enojosamente aquello que nosotros mismos no hemos pensado.

¿Desaparecido, tú? Inconcebible. También las intenciones viven.

En cuanto alguien abandona su época, sea por malquerencia, sea por curiosidad, se vuelve sospechoso.

Cuando es repugnancia desesperada, se llama profeta.

Ideas que surgen de la fractura del lenguaje – sólo válidas cuando dejan tras de sí esa fractura.

Ésta en sí es vana y se ha convertido en una tradición vacía de este siglo periclitante.

El jadeante, que deglute su prosa al escribir. El cuantúltiple, que se bifurca al andar. El feo, que se escuda con los feos. El resguardado, que grita en medio del tumulto. El cargado de reproches, que, bien protegido, juzga a otros.

Los antiguos libros de viajes, ¡cómo suenan cada vez más inverosímiles, más fantásticos, más espléndidos!

Ya no podrá haberlos nunca más. Son cada vez más únicos e incomparables, pero todos se pueden leer juntos, una y otra vez, mientras se van desplegando ante uno. Van creciendo, cada cual por separado, hasta convertirse en un único viaje.

¿Habremos perecido con él, con ellos?

La tumba de Büchner, que él descubrió finalmente, es anticuada: remite a *La muerte de Danton*.

Ahora, después de *Woyzeck* y *Lenz*, el Zürichberg entero no bastaría para ser la tumba de Büchner.

No hay que admirarse del culto a los que murieron demasiado jóvenes. *Les debemos* sus años escamoteados.

Por entonces estaba yo fascinado por la fuerza y el peligro de nuevos mundos paranoicos. Subestimé su peligro, pues en mí funcionaban muchas cosas similares que se ofrecían al asombrado observador.

Desde agosto de 1945 sé que estamos perdidos. Sin embargo, siempre he apartado de mí esta convicción,

de lo contrario habría dejado de pensar totalmente, y esto es algo que no habría soportado alguien que se considera comprometido con la vida. Empecé a tomar en serio las pequeñeces más ínfimas de aquello que constituye la existencia, confiando en que la plétora ahuyentaría el peligro.

Pero la plétora lo ha acrecentado.

Excavar, excavar, ¿tampoco han servido de nada todas las excavaciones?

Hasta el más pequeño amenaza con bombas atómicas, como si las llevara consigo en el bolsillo. Habría que romperle los dientes hasta al más pequeño que se atreva sólo a *pronunciar* la palabra.

¡Lo que aún se hubiera descubierto en la Tierra! ¡Prehistoria insospechada! ¡Civilizaciones interzoológicas!

Quienes mejor lo tienen son los que contemplan con nuevos ojos aquello que han dominado hace tiempo y le dan vueltas de un extremo a otro de su ordenamiento personal.

Demasiado seguros no están, se guardan bien de las leyes. Las predicciones no son lo suyo, les suenan a falso y no se cumplen. Es como si no quisieran ensuciarse con ellas.

Pero si no hubiera sino contemplación, podría no descubrirse nada. El descubrimiento también *es* predicción. Ávidamente se echa mano de él como el futuro

*más próximo*. Lo ulterior ya irá surgiendo. Pero surge mucho más.

Quien no teme al descubrimiento, es indigno de él.

Por el hombre, lo más terrible, está todo contagiado.

¿Quién sigue preguntando inútilmente? ¿Quién no quiere nada de la pregunta?

De la más lamentable de las jeremiadas ha ido surgiendo toda una obra en cientos de repeticiones.

Por cada ofensa él hace fusilar a 10.000 lectores.

*Th. B.*

En la historia de una vida también debe haber mucho que conjeturar y adivinar, y las supuestas soluciones deberán asimismo errar el blanco. Algunas cosas han de disponerse de manera tal que permanezcan ocultas para siempre. Todas las intromisiones pretensiosas y falsarias deberán quedar expuestas al ridículo. La historia de una vida es secreta, como la vida de la cual habla. Las vidas explicadas no han sido tales.

Hombre ridículo: la muerte se nos ha incrustado dentro, ¿y tú quieres liberar de ella a nuestro espíritu?

Pero lo importante es *no cejar*, aun cuando se llegue a los cien años. Lo importante es *no engañarse ni engañar* nunca a los demás sobre la muerte, no perder nunca los ánimos ante ella y execrarla *moralmente* incluso en medio del dolor.

Obsesiones que hacen *por entero* a un hombre, lo sostienen como una osamenta que no se le puede quitar. Obsesiones que van incluso contra el discernimiento de todos, aunque uno hable su idioma y siga siendo *comprensible* pese a todo el aparente absurdo, inquebrantable, pero también inquebrantablemente claro. Más no se puede exigir de uno mismo, menos sería lamentable.

Debería haber castigos monstruosos para ese tipo de vencedores.

¡Qué desaliento para todos los que alguna vez han sufrido agresiones si pueblos como los musulmanes de Bosnia tienen que alarmarse y esconderse debido a sus *nombres!*

Antiguamente, en tiempos de los turcos, eran nombres de vencedores. Hoy son los nombres de las víctimas.

Dan ganas de *vomit*ar sobre las potencias europeas que han impedido una intervención de Estados Unidos.

Algunas palabras se suceden obedeciendo a una orden. Otras están a punto de asfixiarse.

Un idioma que uno quiere debido a otro.

Hay una hipocresía en la afirmación del Yo que excluye a todos los demás ladrando con arrojo, hasta que se queda totalmente a solas y, al final, se derrumba aferrado al cuello de un caballo vapuleado, llorando.

En el tranvía: observar a los viajeros de pie o sentados moverse con lentitud. Lentamente y bastante cercanos, entreverados, no amenazados ni angustiados, con objetivos distintos que uno no puede conocer mientras los observa. Son conscientes de todos esos objetivos, que no se les notan. Es como si fueran a proclamar en público cuán secretos seguirán siendo sus objetivos. Apenas si revelan antipatía o simpatía hacia quienes el azar ha aproximado tanto a ellos. Raras veces advierten que uno los observa. Cuando de pronto se levantan, han revelado su objetivo. La confesión es como la recompensa por el secreto antes mantenido.

Se necesita lo totalmente antiguo para asombrarse *mejor* de lo nuevo.

Los prejuicios están ahí para halagar a su dueño con falsedades. ¿Y si al final sólo quedan las falsedades?

Podría ser que de ti sólo quede algo porque las masas hayan seguido creciendo en la dirección de tu espanto.

Cuántos siguen diciendo "diálogo". ¡Ay, no saben que es mejor cerrar la boca y hablar desesperadamente *con-sigo* mismo!

Separar mérito de fatuidad; muy difícil. De ahí que en realidad sea imposible el trato con famosos, a no ser que su rendimiento no signifique nada para nosotros. La

máscara del famoso *oculta* lo que éste ha hecho. Quien se la arranca por honestos motivos de conocimiento, despierta su hostilidad: se vuelve abominable. ¿Cómo puede este hombre haber realizado lo que se le atribuye?

Lo mejor es mantenerse alejado de aquellos a los que se admira por algo válido. Quien tenga interés en escudriñar la fama puede ocuparse de gente que sea famosa por nimiedades.

¿Qué es lo que a uno lo apacigua tanto en las historias de santos? ¿La lejanía de las torturas?

No es en absoluto insoportable que sean registradas.

El pensar resulta divertido cuando no es podado a derecha e izquierda, arriba y abajo, por delante y por detrás.

Hablador-siempre-más-rápido, su período de aprendizaje en el periódico y en la cátedra. Su objeto: una corriente y las literaturas en su curso. Cuanto más lento el fluir, más rápido el parloteo.

¿Será realmente inagotable esta Inglaterra? ¿La han afianzado tanto en el mundo sus escritores? Todos mis desaciertos y errores, todo ese desmedido prodigarse con la gente retornan cuando pienso en Inglaterra.

La relación entre religión y poder es más íntima y plural en Inglaterra. ¡Qué sectas! ¡Qué colonias! ¡Qué variedad humana! Esclavistas y cuáqueros. Eliot y Blake. Sería suficiente para toda la Tierra. Por eso acabó siendo Estados Unidos.

¿Observar aburrido? ¡Jamás! Lo aburrido es registrar.

¿Por qué comprensible? Temor ante enigmas egoístas.

Sabes lo que son las masas. ¿A quién inculpas?

¿Qué manuales de filosofía tan destilados, fríos y fragmentados leíamos de jóvenes! Gracias al lenguaje incoloro de sus autores todas las filosofías acababan siendo la misma. No habría hecho falta leer nada. Al final era uno el mismo que al principio, no daba ningún traspie, seguía leyendo sin entusiasmo. Era como haberle estrechado la mano a Dios, amablemente, y basta.

¿Qué impacto causaban, en cambio, los presocráticos, sus verdaderos fragmentos! No eran castrados por ninguna explicación. Seguían siendo asombrosos, inverosímiles, aterradores, aniquiladores. No había frase excesivamente piadosa, aunque estuviera pensada para apaciguar. La piedad llegaba como un rayo, no como una lluvia suave. Era algo perturbador, que jamás se superaba. No muchos nombres, pero todos como puñales.

Nadie lo perturba. Al parecer está ahí sentado. No asevera nada. Calla. No tiene tela, no es una araña. Lo asombran las ruedas y los colores, los bienes y el aire. Ha enmudecido, ¿cuándo? ¿Quién conoce su mano? Insaciable el ojo. Extinguidos todos los sonidos.



Me da miedo la piedad de la que me compongo enteramente.

Allí no se puede *llamar* a nadie para que vuelva. Quien oye su nombre sin permiso, se derrumba y entrega el espíritu.

Tan viejo como la trompa de su elefante. Tan expuesto como su colmillo.

¿Habría tenido que defenderme tanto contra Platón de haber pensado suficientemente en Licurgo?

Tienes pendiente tu última palabra sobre Nietzsche. En 1938, hace 55 años, la anunciaste estando aún en Viena. Sólo desde entonces se ha ido *formando*. Quizá esta última palabra esté ya superada. Tanto mejor. Su formación te ha sostenido.

Nunca puedo prescindir de los hombres que han incubado ideas. Por Diógenes Laercio fue engendrado Nietzsche, y nació de Richard + Cósima. Muchos buenos espíritus fueron afluyendo luego. También son él. Pero siempre sigue ahí lo otro. El *delirio* es una infección que le viene de aquellos dos.

¿Por qué alguien no ha de llegar a ser lo que sería de no haberse encontrado con éste o aquél?

El corazón se le desgarró cuando ve un nombre en barbecho.

Va pregonando sus condecoraciones. ¿Puede un hombre tan desvergonzado haber sabido algo?

Sí, pero sus conocimientos se yerguen sobre arena, vale decir, sobre él mismo.

En cuanto se dice: ¡media vuelta, derecha!, el castillo de naipes se derrumba.

“Si no existiera la noche, no me gustaría vivir en la tierra.”

*Darabí*

Hombre centenario se pavonea en medio de aciertos.

Recuperar el bilingüismo — lo que de verdad perdí al dejar Londres.

El artista-más-relacionado, su respeto secreto por alguien que rechaza a todos.

Puede que sea fatuo desmontarse en un apunte cuidadosamente secreto.

Más fatuo sería no hacerlo por altivez.

La carrera armamentista de los dos ha acabado convirtiéndose en la carrera armamentista *de todos*. Nadie está seguro. ¿Lo saben todos?

Pero aunque así fuera, aunque todos lo supieran, aunque cada uno pensara sin cesar en ello, nadie, literalmente nadie, sabe qué habría que hacer.

No te has equivocado mucho, en lo esencial las cosas están bien como están — ¿podría decirse algo peor sobre nosotros?

Y si es así: ¿no podrías poner fin de una vez a tu *propaganda* en favor de la duración e infinitud de la vida humana?

*Hablar* es ahora el enemigo del hombre viejo y debilitado. No puede hablar con moderación y en pequeños bocaditos, la avidez de *decirlo*, porque está más cargado de ello que nunca, lo impulsa a soltar exabruptos que surgen tempestuosamente y sin reserva alguna. Se ha vuelto más vehemente y todo le parece más apremiante. No quiere que se pierda ninguna experiencia: el relato, tal como ha sido desde el principio hasta ahora, tiene las proporciones y el ímpetu de un alud. ¿A quién decírselo? Ya casi no hay elección. ¿Quién se expone a semejantes tempestades? ¿A quién no le parece un cuento infantil el mundo que prescinde de los medios de comunicación?

Teme a los hombres que nunca le han dicho nada. En cuanto hablan, deja de temerles. Ese seguro señor de las palabras.

Cómo alguien va reuniendo para la posteridad cuadros que otros han pintado.

Una especie de inmortal legado póstumo de grandes obras que deberán hablar en su favor el día del Juicio Final.

A un lado los acusadores, a los que él exterminó con sus armas, que fabricó y vendió por todo el mundo. Al otro los pintores. ¿Serán realmente sus intercesores?

Tan sólo Pascal supo todo aquello, y murió a los 39. ¿Qué debería pensar de sí mismo uno que tiene 88?

Despegarse de una obra al punto de no haber estado implicado nunca en ella. Pero, ¿es posible la metamorfosis sin el recuerdo de lo anterior?

Llega una etapa, acaso la última, en la que leer no significa nada. Ya no se vincula con lo existente, se escurre, ya no sedimenta ni deja huellas. Quizás aún despierte deseos de leer otras cosas, pero son deseos muy vagos, que se desvanecen antes de articularse. ¿Cómo habría que valorar esa lectura, algo tan diferente de todo lo que antes se llamaba lectura?

Quizá sea un ejercicio para olvidar las palabras, su revoloteo ante el silencio.

Trasiego de palabras de vez en cuando: otras filosofías. Cuando se hace demasiado rápido, las palabras se debilitan. Si se hace lentamente, se vuelven insuperables.

Ya no resulta grato decir futuro, se ha quedado ciego. ¡Si sólo fuera el propio futuro ciego! Debilitado, éste no importaría mucho. Pero esos sonidos concomitantes: “los logros” y “los triunfos”, su atroz resonancia que nunca enmudece.

El sonido de esa propia fase temprana contra la que intentamos arremeter: objetivos deplorables, sonido frenético.

Pero, ¿eran mejores los sonidos espaciosos? Su magnanimidad ya era ciega por entonces. Mezquindad y magnanimidad lado a lado en la misma carrera. Nada se ha conseguido. ¿Quién se atreve a incorporarse y decir: he vivido?

Es como si nadie hubiera vivido: sólo los necios y los diablos.

Se cumplen tantas cosas de aquello que se domina, pero en realidad se conocía con temor, que bien podría uno escupirse a la cara.

¿Lo habrá uno conocido para que sea verdadero?

Un moralista: en cualquier caso pasa por ser alguien que habla de cosas inalcanzables y se divierte haciéndolo.

De quien mucho dice se olvida incluso lo poco que podría quedar.

El anciano concede más tarde a otros algo de lo que ha perdido para sí mismo, y asegura las señales del camino. Pero no cree que nadie se ponga en camino.

Es ridícula la idea de que un hombre podría abarcarlo todo por el simple hecho de haber sido famoso. Pues si una milésima parte de él era distinta de lo habitual, 999 milésimas eran como las de cualquier otro. Éstas son, sin embargo, las que se buscan, encuentran y utilizan para corroborar lo habitual.

La auténtica veneración tiene algo conmovedor. El venerado sabe, es verdad, que no la merece, pero ve en ello la señal de un buen carácter, y, si es muy necio, de un estado beneficioso del mundo.

Crueldad de la equiparación: cierra al equiparado todos los caminos para huir.

El tableteo de un nombre, el propio: desesperación. ¿Cómo debería uno llamarse luego?

Es lamentable legar la desesperanza como última palabra. Es como si sólo hubiera habido una vida, la propia, como si luego no hubiera ninguna más, ninguna ajena. Quien se halle tan extenuado que ya no vea nada, deberá dar la palabra a otros. Deberá dejar de ser escuchado. Deberá destruir las palabras que no sirven para nada, las palabras débiles.

Descontento con el Dios único. Pero, ¿acaso preservaron a Egipto los dioses animales y a Grecia los dioses olímpicos? Hay en "Dios" algo tan falso como en "hombre".

La "sutileza" de la fama no preserva a nadie. La fama acaba disolviendo cualquier nombre, a la larga sólo quedan nombres distorsionados.

Pero ¿cómo se multiplica la verdad? Gracias a la despiadada destrucción de nombres.

¿Para qué siguen surgiendo entonces? Desprenden cierta energía, durante un tiempo refrescan y calman la sed. Luego se secan. Brotan otros. No deben secarse del todo.

¿Deberían darnos más pena los nombres que los hombres porque son destruidos?

No ayudar a nadie que no ayude a otros.

Ningún poder a partir de la ayuda.

Alguien ha vaciado una palabra y vuelve a llenarla.

La Ilustración, que hoy parece un paraíso infantil.

Seres vivos hechos de juramentos.

Enemigo surgido de Lichtenberg.

Cuando escribe coquettea. Por lo demás, serio como una roca.

Ahí están sentados ahora, los campeones de la virilidad, vociferándose pactos unos a otros. Ninguno firma. Se apoyan al volver a casa.

Le gusta *deshacerse en polvo*, pero su riqueza permanece dura como el granito.

Allegados feos, que intentan hacerse con el prestigio de los muertos, su disfraz ávido, pero ineficaz.

¡Oh triste interpretación! Muerte de los poemas, que perecen de inanición cuando se les ha quitado todo lo que no contienen.

¡Qué bien lo percibo! También son mi reino los lápices.

Lo habría juzgado mal. Él me habría odiado. Hubiéramos intentado defendernos el uno del otro. Él me habría ofendido y se habría pasado noches y días hablando conmigo. ¡Cómo habría yo reconocido sus estallidos verbales! ¡Cómo los míos se habrían ocultado ante ellos! Le gustaban las frases redondas, redondísimas, a mí me gustan las puntiagudas.

Cualquier declaración suya de la época de los paseos es para mí preciosa, sobre todo aquellas contra las cuales me rebelo.

Aquello que se alarga es cada vez más inexacto. ¿Cuántas frases seguidas puede uno formular realmente? ¿Cuántas es capaz de entender? ¿No se asfixian acaso cuando uno intenta comprenderlas?



De pronto saltaron otros nombres a la brecha en defensa de él, y fue como si ningún nombre hubiera tenido antes referentes concretos.

Compunción tras el encuentro con escritores que de verdad lo son.

Son lo inalcanzable, porque están muy cerca de uno.

Deja que T. se vaya. No más prédicas.

Empezaré por llamarlo sólo T. Reducido ocupa menos espacio. Con la "o" pierde el estruendo hueco de la infructuosidad.

Completamente descrito por desconocidos, va por la calle pavoneándose y gañendo canciones. Todos lloran cuando lo ven, y se ríen de él a sus espaldas.

Su retrato llorón y risueño.

A él nadie lo alcanza, se hace pasar por miles de ausentes.

El locuaz vendedor de ropa, todo cuanto vende lo rellena de lenguaje, hasta que el comprador se desmaya y desaparece.

Cuando no tiene nada que decir, habla sin parar. En cuanto tiene otra vez algo que decir, enmudece.

Muere para no quejarse ya más.

La mañana, tan alegre como si hubiera empezado para siempre.

Animales por todos lados.

Dicen que todos deberían poder ver por las rendijas, que nada está relacionado.

Enigmática exhaustividad.

Saludado desde la historia universal, se fugó al tema Suiza y ya no hubo cómo hacerlo salir.

Lo contagioso de todo lo horrible que uno ha descrito o atestiguado.

¿Eran ya *las letras* contagiosas mucho antes de que lo advirtiéramos?

Uno quiso arremeter contra el poder y escribió el manual sobre él.

Incluso los conceptos, que en los años mozos tenían algo hostil, se han ido puliendo hasta convertirse en guijarros inocuos, arrójalos.

A diez kilómetros de profundidad en la Tierra todo es aún desconocido. Lamentable la ciencia que escruta hasta los "confines" del universo.

Lo seductor en Kant es su puritanismo. Es un puritanismo de buena voluntad, que no empieza con crímenes ni homicidios, que tiene una solícita atención por la vida, no aversión hacia ella, que no quiere vengarse de la vida sino que agradece por ella en forma modesta, pero elevada. Es una satisfacción severa, indesviable y tenaz, dependiente sólo de sí misma, de lo mejor de sí misma, completamente libre de cualquier arrogancia o megalomanía, dispuesta a seguir órdenes (de preferencia órdenes propias), en un curioso equilibrio entre amplitud y conciencia ética.

Hay mucho orden en Kant, mucha usanza privada que no opone resistencia a la del común de las gentes, pero sí se aparta obstinadamente de ella.

Todo lo que hemos pensado vuelve a aparecer. Sólo tiene valor si nos sorprende. De lo mejor nos asustamos.

Él necesita las ataduras de la amplitud de miras.

Sentada en un banco, la anciana lee necrológicas.

La reflexión sobre el hombre, ¿lo agotará algún día? ¿Desaparecerá él antes? ¿Tendrá que desaparecer para que la reflexión sobre él no lo agote?

Geografía deshonrada. Todos han estado en todas partes. Nombres triturados.

Sabelotodos joviales.

Mucho tiempo tuvo que pasar, de Hegel a Brecht, para que la palabra "*listig*" (astuto) quedara completamente destruida en la lengua alemana.

Cuando lleguen los animales artificiales, su veneración habrá tocado a su fin. ¿Qué pueden pensar hombres artificiales sobre animales artificiales?

Él me mira como detrás de sus números. Yo lo miro como delante.

Hace ya un tiempo que se sorprende a sí mismo diciendo en sus conversaciones: "Cuando cumpla cien". Lo toma, pues, en consideración, lo considera plausible, menciona a conocidos suyos, gente *respectable*, que llegaron a los 98, 96, 94, y él los conoció aún muy vivos y animados. ¿Serán los discursos contra la muerte los que lo mantienen a uno en vida?

Como despedida, alguien decide ofender a todos sus amigos íntimos. Y ofende con mayor dureza a quienes más tiempo llevó en su corazón.

El aprendizaje es distinto cuando se ha vivido largo tiempo. Las cosas reaparecen, pero han tenido mucho tiempo, se transforman en saltos de décadas.

Brillan de otra manera, menos relucientes, apaciguadas, pero llenas de fuerza, ¿con qué se han ido empapando en el curso de los años? Han aparecido aquí y allá, han sido desechadas, olvidadas. Pero ahí están otra vez, como un nuevo linaje, con tal plenitud de vida que uno se avergüenza del achacoso presente, el propio. Puede que hayan desaparecido ciertos detalles, mas sólo unos cuantos, otros están a punto de florecer, otros en proceso de marchitarse, abocados a un final definitivo. En todos sus estados diferentes lo van poblando más y más a uno. La vejez se despereza y desea convertirse en eternidad.

¿Y si los cuerpos también pudieran mejorarse? ¿Pasar a ser ángeles, demonios, razas “más salvajes”? ¿Si la Tierra pudiera repoblarse con bosquimanos y arandas?

Artificiales, aunque no serían artificiales en absoluto, pues estarían inmunizados contra la dipsomanía y nuestros vicios.

¿Si se lograra eliminarnos a nosotros, los “civilizados”, mediante una inteligencia artificial?

Todo cuanto tienes que decir guarda relación con lo “pequeño”. Ese es tu contenido. Tu hostilidad contra lo “grande”, contra lo “sano”, contra los “nervios”, contra “las alturas”, en una palabra: contra Nietzsche.

Tus períodos de luto, más prolongados que los de los chinos: cinco, no tres años.

¿No sería tiempo, antes de cumplir los cien, de intercambiar las viejas admiraciones?

Se escribe de forma muy distinta cuando no se piensa en nada puntual. Se va formando un torrente generoso, y muchas cosas nadan en él. Pero si al escribir tiene uno ante sí a personas concretas, avanza de puñalada en puñalada, un asunto cruel, mientras aquel torrente hacia lo indeterminado empieza a empozarse en silencio.

Reina de las termitas en Oxford.

Eludía el Zen cuando todos se refugiaban en él. Ahora que ellos buscan otra vez refugio en sus naciones, él puede recrearse con bromas Zen.

Un hombre cuyo recuerdo exista según el personaje que esté representando en el momento. El recuerdo *salta* como la metamorfosis y se limita a ésta.

Embelesado, va enumerando las mutas a las que ha pertenecido alternativamente. Ora ésta, ora aquélla, siempre alguna. Tristes los trayectos sin mutas. ¿Cómo se puede no tener a nadie que muerda con uno? ¿Cómo puede uno morder solo?



## Nota editorial

El presente volumen contiene apuntes de los años 1992 y 1993 que Elias Canetti eligió entre sus manuscritos, dictó y volvió a revisar una vez más en la versión mecanografiada. Sólo ha podido hallar cabida en el libro aquello que él dio por incondicionalmente válido al efectuar esa revisión. Todos los apuntes han sido compulsados con el manuscrito original. En ciertos casos dudosos —sobre todo de tipo ortográfico— se ha considerado válida la versión del manuscrito. El título del volumen proviene del que el propio autor dio al manuscrito: *De los apuntes 1992-1993*.

Querría agradecer muy cordialmente al profesor doctor Peter von Matt y al doctor Johann Steurer por su valiosa labor de asesoramiento y ayuda.

Johanna Canetti  
Zurich, febrero de 1996



